

JORNADAS

54

LUIS A. SANTULLANO

MIRADA AL CARIBE

Fricción de culturas en Puerto Rico

EL COLEGIO DE MEXICO
Centro de Estudios Sociales

308
J88
No. 54
Ej. 1

EL COLEGIO DE MEXICO

SEVILLA 30

MEXICO, D. F.

JUNTA DE GOBIERNO

Alfonso Reyes, *Presidente*; Eduardo Villaseñor; Gustavo Baz; Gonzalo Robles; Enrique Arreguín Jr.; Daniel Cosío Villegas, *Secretario*.

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES

Director: Dr. José Medina Echavarría

CENTRO DE ESTUDIOS HISTORICOS

Director: Dr. Silvio Zavala

SEMINAR

308

J88

No.54

Ej.1.

74818

Santullano, Luis
Mirada al Caribe

Director

(Toda la corres

D

F.).



mdc.

JORNADAS, órgano del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México, nació al calor de un seminario colectivo sobre la guerra que celebró dicho Centro en 1943. La publicación se prosiguió durante los meses siguientes para reflejar la labor realizada en otro seminario sobre los problemas de América Latina. Cubiertas estas dos etapas, JORNADAS va a convertirse ahora en lo que había de ser desde un principio: órgano expresivo permanente del Centro de Estudios Sociales del Colegio y no ya sólo de actividades circunstanciales suyas.

Ante el nuevo carácter de JORNADAS, conviene fijar en breves palabras el sentido que quiere imprimirse a la publicación, las razones que empujan a emprenderla.

Es un tópico que ha llegado ya de los círculos científicos a los medios populares, que nuestro siglo es o debe ser el siglo de la ciencia social, por razón del desequilibrio hoy existente entre nuestro saber científico sobre la naturaleza y nuestro saber científico sobre el hombre y su actividad. Los resultados de la labor de las pasadas centurias, especialmente de la última, en el dominio de la ciencia natural, son hoy tangibles para todos y le han otorgado a nuestra vida un poder sobre los fenómenos naturales como nunca antes se soñara. En cambio, el pensamiento racional y científico apenas comienza a conquistar lo que nos es más próximo: nuestra propia vida y su organización. Los acontecimientos actuales prueban de qué manera el dominio de la naturaleza, la ciencia y la técnica, se frustran y son adversos al hombre cuando éste no maneja todavía otros instrumentos que guíen su propio destino. Nada más necesario hoy que el tratamiento científico, es decir, racional y objetivo, de las cuestiones humanas, pues el futuro de nuestra civilización, de toda posible civilización, en las presentes circunstancias, depende de que se puedan dominar, o no, la naturaleza

13761



humana y la vida social en un grado semejante a como nos es dado regular la naturaleza física. JORNADAS se propone ante todo mantener despierta la conciencia de este problema y coadyuvar con todas sus energías a los esfuerzos ya emprendidos para llegar a su solución.

Ahora bien, las cuestiones humanas no pueden ser tratadas en el vacío; surgen problemas, dificultades y conflictos ofrecidos en circunstancias y momentos determinados, y la investigación científica de los mismos sólo tiene sentido si sus resultados resuelven la situación problemática, despejan la dificultad o atenúan el conflicto, liberando al hombre de su angustiosa presión. Esto quiere decir que no son las teorías las que determinan los problemas, sino éstos los que deben dar lugar al pensamiento teórico y, además, que no puede entenderse ni solucionarse ningún problema de la vida humana si lo desprendemos de su contexto o circunstancialidad. El olvido de este punto de partida elemental es quizá el responsable de la situación de atraso de las ciencias del hombre, como también de que las disciplinas sociales arrastren una pesada herencia de teorías que ya no responden a ninguna cuestión auténtica.

Asimilando el sentido de esa perspectiva, en las JORNADAS no se desdeñará, en modo alguno, el pensamiento social teórico actual, cualquiera que sea el punto del horizonte de donde proceda, y a su discusión y examen habrá que concederle atención cuidadosa; pero, en lo posible, sometiéndolo a la prueba de su validez para nuestros medios. En una palabra, lo que interesa de un modo fundamental son: a) las cuestiones humanas en su específica circunstancialidad americana, y b) los problemas “nuestros” que exigen una meditación teórica y una solución práctica.

En consecuencia, no se rechaza la consideración de las teorías y resultados de la ciencia social en general; pero se cree que la verdadera tarea intransferible está en estudiar y hacer que se estudien las cuestiones específicas en la facción latina del continente americano, de modo que soluciones y teorías no provengan de una importación

más o menos afortunada, sino que broten de la investigación misma de nuestras situaciones problemáticas peculiares.

La tragedia de Europa al privarnos de su producción intelectual y científica, siempre recibida con la sugestión de su viejo prestigio, nos obliga a un doble esfuerzo, que conviene que sea lo más consciente posible: por una parte, a que pensemos por nosotros mismos y sin andaderas y, por otra, a que meditemos hasta qué punto todo lo que nos viene del otro lado del Atlántico merece ser aceptado y asimilado y si no ha perdido aquel continente en más de algún punto el derecho al respeto que se le otorgaba sin discusión. Y pensando muy en particular en "nuestra América", estamos convencidos de que ésta ha de ponerse enérgicamente a pensar en sí misma, en su propio destino y a aprovechar lo que es un triste momento para conquistar definitivamente, sin renunciar a ninguna herencia valiosa, su autonomía cultural.

En cuestiones sociales y políticas es esto tanto más urgente cuanto mayor es la sospecha de que lo que se nos ofrece por varios lados no es dádiva generosa sino velado instrumento de dominación. Y sólo podremos mantenernos relativamente inmunes de las consecuencias sociales y culturales de las tremendas luchas de poder, hoy en juego, si conservamos la serenidad intelectual y el conocimiento preciso y objetivo de los hechos. Una visión acertada de nuestro presente y nuestro futuro es lo único que puede permitirnos sacar ventajas, incluso de lo que parecen adversas constelaciones.

Dentro de la dirección general antes esbozada, las JORNADAS del Centro de Estudios Sociales de El Colegio de México quieren presentar un amplio marco a la colaboración: desde las cuestiones filosóficas conexas, hasta los estudios de la ciencia social más particular y especializada; pero viendo también dibujados dentro de ese marco estos propósitos fundamentales: 1) exponer el estado actual de la ciencia, de conocimiento imprescindible, como punto de partida; 2) examinar y discutir, en particular, los problemas peculiares de la

ciencia en nuestros países, y 3) contribuir en lo posible al desarrollo de la ciencia social en marcha.

Desde el punto de vista científico, con JORNADAS se intentará fomentar el estudio de las cuestiones marginales y fronterizas de las ciencias tradicionales y académicas, que es donde se encuentran hoy día los problemas auténticos de la ciencia social futura. Y desde el punto de vista político, en su mejor sentido, conseguir el conocimiento recíproco de los pueblos de nuestra América, manteniendo así viva y real la conciencia de su común destino.

LUIS SANTULLANO

MIRADA AL CARIBE

Fricción de Culturas en Puerto Rico

Open access edition funded by the National Endowment for the Humanities/Andrew W. Mellon Foundation Humanities Open Book Program.



The text of this book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License: <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

JORNADAS — 54
El Colegio de México
Centro de Estudios Sociales
1945

308
J88
No. 54
y. 1

74818

MIRADA AL CARIBE

Mirada de simpatía, también de curiosidad sana. El Caribe es algo más, mucho más que una sarta de gemas o islas desprendidas y cercanas en un mar que baña tres mundos. ¿Desprendidas? Diríase que al soltarse de la tierra americana, en un tiempo muy lejano, no pretendían las Antillas solamente una afirmación geológica, sino además aproximarse a las costas de Africa y Europa y hacer una llamada a sus gentes; llamada bien atendida desde el siglo XVI. Por eso el Caribe es lo que es y tiene una personalidad muy suya, llena de las promesas de tres culturas. Dos de éstas, interrumpiendo su lenta y clara fusión en las islas antillanas, se encuentran hoy en fricción natural que, si puede suavizar las aristas, quizá ello no aporte una ganancia sustancial a la individualidad puertorriqueña, bien que lleve a la Isla interesantes avances materiales y asegure las nobles conquistas de progreso y tolerancia.

SUMARIO

- I.—Significado posible de la Cultura.
- II.—El Caribe, laboratorio de Culturas.
- III.—Africa en el Caribe.
- IV.—La tierra y el hombre puertorriqueños.
- V.—Interferencia de idiomas.
- VI.—Religión y Tolerancia.
- VII.—De la Vida Social Puertorriqueña.
- VIII.—La alegría, factor social.
- IX.—La obra limitada de la Educación.
- X.—La Plaza y la Calle.
- XI.—El jíbaro.
- XII.—El puertorriqueño es puertorriqueño.

SIGNIFICADO POSIBLE DE LA CULTURA

Habremos de ensayar, antes que otra cosa, un principio de acuerdo en lo que es frecuentemente el desacuerdo, a saber: qué debemos entender por *Cultura*. Los unos la oponen a *Civilización*, estimando que aquélla es señora de lo espiritual y que ésta atiende a los menesteres materiales, grandes o humildes; mientras que otros aseguran cruzadas las respectivas significaciones y llaman civilizado a lo culto, o al contrario.

La palabra *Cultura* es de ayer, de fines del siglo XVIII, y fué Goethe quien acertó principalmente a encaminarla hacia los diccionarios con el sentido hoy más generalizado. Ello le fué posible a Goethe porque había tenido largos “años de aprendizaje” en la tierra de Grecia, donde a partir del siglo IV el concepto de *Cultura* cristalizó bajo la denominación de “*Pai-deia*”, para significar todas las formas y significaciones espirituales y el tesoro íntegro de las tradiciones. Estamos aquí, pues, dentro de la acepción elevada a que aludimos atrás. Pero, a su vez, la palabra *Civilización* reclama también un noble origen. Claramente deriva de “*civilitas*”, que nos da enseguida la persona civil, civilizada en su conducta y en sus maneras, urbana, opuesta al hombre de la selva, “*silvaticus*”. Con lo cual, sin forzar el argumento, llegamos a concluir que *Civilización* y *Cultura* van a lo mismo, a ser una realización de lo mejor en los términos de la personalidad y de la convivencia humana... culta, civilizada; algo superior a la mayoría inmensa, aún siendo de todos, porque es, debe ser, según dijo no recuerdo quién, “el éter de las cosas” que, en los buenos tiempos, flotaba en la ciudad, sutil ambiente estimulador de ella y sus habitantes. Por

algo Cicerón escribe a su hijo en “De los Deberes” —leamos la bella traducción de Agustín Millares—: “Un año hace ya, hijo mío Marco, que residiendo nada menos que en Atenas...” ¡Nada menos que en Atenas!

Iban en la misma dirección las damas Civilización y Cultura, pero los sabihondos se han empeñado en extraviarlas, en no dejarlas que sigan quietamente su camino. El hombre selvático, invadiendo atropelladamente la ciudad, las ha amedrentado también no poco; pero si hubiéramos de echar la culpa mayor a alguien de ese extravío conceptual, tendríamos que fijarnos en los dos pueblos más representativos quizá de Europa, por lo mismo que tienen una idea opuesta de lo que civilización y cultura puedan ser. Cuando el turista alemán, en la dulce Francia, llegaba ante un monumento conmemorativo de los caídos en la anterior Guerra Mundial y leía aquella inscripción en bronce “Muertos por la Civilización”, el viajero se quedaba deletreando un buen rato sin comprender. No es que faltase en el vocabulario teutón, nacional y patriótico, las palabras Civilización y Cultura, ésta definida por sus creaciones filosóficas, científicas, literarias o artísticas; aquélla por los productos de la técnica y la mecánica, al servicio de la facilidad y agrado de la vida; sino que en la concepción del francés hay un activo elemento globalizador que viene como a emulsionar la doble riqueza, espiritual y material, lograda por los hombres. Por eso Francia exige que todos los bachilleres, aún lo que especializan en Matemáticas, no se vayan del Liceo sin seguir la llamada clase de Filosofía; cosa que un perfecto alemán no puede ni sospechar.

Llegados a este punto, ocurre la tentación de referir la Civilización al Progreso; mas viene a detenernos este fino parecer de Ortega y Gasset: “las gentes frívolas piensan que el progreso humano consiste en un aumento cuantitativo de las cosas y de las ideas; no, no; el progreso verdadero es la creciente intensidad con que percibimos media docena de misterios car-

dinales que en la penumbra de la Historia laten convulsos como perennes corazones". Cultura, Civilización, Progreso: tres palabras distintas y una sola y difícil aspiración de los hombres, todavía en el umbral de la cueva troglodita.

En las páginas que siguen doy a la palabra Cultura su significado más ancho, en cuanto expresión de lo espiritual y lo material, de lo alto y lo cotidiano, pues hasta lo nimio puede entrañar un valor, como lo grave y trascendente: ideas, creencias, emociones, conductas, hechos, tradiciones, gestos, las mismas cosas a la mano. Nietzsche dejó escrito que la Cultura es "la unidad de estilo en todas las manifestaciones de la vida de un pueblo" y "la conformidad entre la vida, el pensamiento, la apariencia y la voluntad". Voluntad que puede llegar a la noli-ción cuando manifiesta una resistencia a determinada influencia extraña, y también a la espontaneidad como una motivación natural bien avenida con lo heredado y conseguido.

Consideradas ahora las aportaciones materiales de la civilización, se advierte el buen ánimo con que se reciben aquellas cosas que no exigen un cambio: se acepta mucho más fácilmente el viaje en aereoplano que el arado mecánico, porque éste obliga a que trabajen las entendederas del rústico y le plantean un receloso ¡quién sabe!... Hay la oposición del hábito, del impulso adquirido, de la rutina. Sigue el hombre montando a caballo por el lado izquierdo cuando hace siglos ha desprendido la espada del cinto que le impedía subirse por la derecha.

Se da una trabación íntima entre los factores culturales, exteriores e internos, y de ahí la general dificultad ante lo que altera la situación adquirida. Entra así la función de los novedosos, de las gentes que en virtud de un contacto temporal con otras culturas y llevadas en algunos casos del afán de destacarse, aceptan la influencia extraña, que luego, por obra de la imitación y de la aspiración humana a diferenciarse, va extendiéndose en la masa social cual mancha de aceite. Es necesario para ello que haya cierto parentesco o proximidad entre las culturas. "La

afinidad cultural —dice bien Medina Echeverría— consiste en la participación en ciertos sentidos últimos que cabalmente, por su universalidad, son en extremo abstractos. Cual es la forma de su encarnación depende de circunstancias concretas, tanto del pasado como del presente... Todo intento de imposición cultural o aún de propaganda indiscreta es un pecado torpe contra la riqueza y variedad del espíritu y de la vida. Entre dos unidades culturales de fisonomía diferente malogra en flor toda posibilidad, siempre necesaria, de fecundación recíproca¹. Las interferencias pueden llegar, por ejemplo en el proselitismo religioso, a extremos que se acerca a la comicidad; así en el caso del japonés a quien se explicaba el misterio católico de la Trinidad y, esforzándose por entenderlo, acabó por exclamar satisfecho: “ah! ya lo veo! el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tres personas distintas y un sólo dios verdadero, son una especie de Comité. Si, si, está claro.” Lo que sí puede estar claro es el derecho de los pueblos a ser felices con lo que para otros traería infelicidad. Suponed —se pregunta donosamente Lin Yutang²— que al hotentote no le hace gracia vuestro bote de leche condensada y prefiere sus bananas. Suponed que una mujer del Oriente gusta más de lavar la ropa familiar en el río charlando con las vecinas que encerrarse en un sótano caldeado con una máquina lavadora. Suponed que una buhardilla de París es acaso el séptimo cielo para quienes la habitan con alegría y amor. Está en lo cierto el jugoso humorista chino. Si de felicidad se trata —y este es el objetivo último de la Cultura, la Civilización y el Progreso— cada uno puede lograrla a su manera, y así como el individuo desplazado de su lugar social es incapaz muchas veces de superar ese plano suyo y recoge de la inadaptación una amargura permanente, de análogo modo los desplazamientos culturales, aún siendo hacia arriba,

¹ Consideraciones sobre el tema de la Paz, 1945.

² “Between Tears and Laughter”,

pueden motivar fricción y disgusto, sin añadir ventajas suficientemente compensadoras.

Es plausible y hoy inevitable que las culturas se relacionen e influyan mutuamente con general ventaja, por la tendencia de los humanos a enriquecer su condición; pero ha de procederse con exquisito cuidado al operar pretenciosamente desde lo que se estima superior, y con máximo respeto ante la menor resistencia justificada a un cambio que, fuera de lo material y de ciertas situaciones sociales, pueda perturbar un tipo legítimo de vida.

Cabe que haya dos culturas en vecindad inmediata sin que se produzcan otras influencias que las epidérmicas; así en algunas poblaciones marroquíes, donde se hallan contiguas las viejas urbes musulmanas y las modernas barriadas de los colonizadores europeos. El escritor francés Paul Morand —allá él con su responsabilidad, si exagera— establece el siguiente contraste que dice pudo observar en Centro-América: “Panamá habla español y Cristóbal inglés. Panamá vende crucifijos y Cristóbal heladoras. Panamá fuma tabaco negro y Cristóbal tabaco rubio. Cristóbal duerme en colchones metálicos y Panamá en jergones de pluma. Cristóbal hace política mundial y Panamá politiquería de barrio. En Cristóbal todo el mundo se afeita cuidadosamente; Panamá es la ciudad de las barbas de tres días”¹. En cualquier caso, no es obra fácil que una cultura penetre a fondo en otra diferente y mucho menos que llegue a suplantarla.

¹ Air Indien.

EL CARIBE, LABORATORIO DE CULTURAS

Bien se advierte en cualquier mapa que la zona del Caribe tiene su personalidad geográfica. El rosario de islas, grandes y pequeñas Antillas, de islotes y atolones, son como pasaderas que invitasen a cruzar de Venezuela a la Florida. Y el mar que se extiende entre ellas y la tierra firme diríase un gran lago que remansa las aguas violentas del Atlántico. El cielo y el sol ponen lo demás y hacen que el trópico y sus cercanías sean, como Vasconcelos quiere en su "Indología", profusión de elementos activos, aire y libertad, luz y alegría y multiplicación de los ritmos.

Profusión de elementos activos... Del lado de los hombres hubo una vida sencilla y feliz, que los feroces caribes inquietaban de tiempo en tiempo. Nos lo cuenta el Dr. Chanca en el segundo viaje de Colón: "La costumbre de esta gente del Caribe es bestial. Son tres islas; esta se llama Turunqueira; la otra que primero vimos se llama Ceyre; la tercera se llama Ayai. Estos todos son de conformidad como si fuesen de un linaje, los cuales no se hacen mal. Unos y otros hacen guerra a todas las otras islas comarcanas; los cuales van por más de ciento cincuenta leguas a saltear con muchas canoas que tienen, que son unas fustas pequeñas de un sólo madero. Esta gente saltea en otras islas; que traen las mujeres que pueden haber, en especial mozas hermosas, las cuales tienen para sus servicios; y traen tantas que en cincuenta casas ellas no parecieran, y de las cautivas se vinieron más de veinte mozas. Los hombres que pueden haber, los que son vivos, llevánselos a sus casas para hacer carnicería de ellos... dicen que la carne de el hombre es

tan buena que no hay tal cosa en el mundo”¹. Más que ninguna de las islas mayores, Puerto Rico sufría esas acometidas de los fieros caribes, procedentes de las islas menores occidentales y del sur también de la costa próxima. ¡Pobres aruacas antillanos, tan pacíficos que no dudaban en acariciar por el filo las espadas de los descubridores, con la sorpresa de cortarse las manos; tan dulces, dice M. Fernández de Navarrete, que “no puedo creer que hombre haya visto gente de tan buenos corazones y francos para dar”; tan señores en sus maneras que el cacique invitado a bordo por los descubridores “en su comer, en su honestidad y hermosa manera de limpieza se mostraba bien ser de linaje”²

Pero el sino de los araucas era ese: poseer sus islas afortunadas, no gozar en sosiego de tanta delicia y perecer luego que el hombre blanco las invade. Llegan los conquistadores y, si amedrentan a los caribes feroces, no es en ventaja inmediata para los isleños. Ciertamente los primeros españoles, tampoco los siguientes, no se los comieron; pero exigían tal esfuerzo a los nativos —en los caminos, en las minas, en las edificaciones públicas, en los transportes— que el indio, flojo de vigor y de ánimo, dicen que delicado, no pudo soportarlo, y así dulcemente —¿dulcemente?— fué rindiendo la vida hasta casi desaparecer. Desapareció el indio autóctono, el hijo de la tierra isleña sin adivinar lo que le iba a traer el hombre de Europa, un poco asustado por aquellos gestos excesivos: “Yo, Alonso de Ojeda —les grita el soldadote en su proclama de 1509— servidor de los altísimos y poderosos reyes de León, conquistadores de las naciones bárbaras, su emisario general, os notifico y declaro categóricamente que Dios nuestro Señor, que es único y eterno, creó el Cielo y la Tierra y un hombre y una mujer, de los cuales vosotros, yo y todos los hombres que han sido y serán

¹ Relato a los señores del Cabildo de Sevilla. Citado por J. Daubín Areceda: *Exploradores y Conquistadores de Indias*.

² Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV. (Idem, ídem).

en el mundo descendemos". Bueno, ¡y qué!, se dirían los buenos araucas para sí, sin despegar los labios. Porque Fernández de Navarrete nos dice también que los indios eran de pocas palabras y que les bastaba hacer señas con las manos para entenderse a maravilla. Magnífico silencio del Indio, que hasta hoy perdura¹. Paul Morand cuenta en "Air Indien" su admiración en los mercados de Bolivia —lugares los más ruidosos en todas partes— donde doscientos, trescientos aldeanos indios trataban sus negocios sin que se oyese un murmullo en aquella asamblea de fantasmas. André Maurois, en su libro "Etats Unis", señala la sorpresa suya cuando al visitar la tribu de los Osages el jefe de ella responde a sus preguntas: "Podría contar muchas cosas; pero el indio se calla. Blanco habla para no decir nada". Mucho antes, D. Juan de Palafox y Mendoza, obispo de la Puebla de los Angeles, escribía en el siglo XVII que era tal el silencio de los mejicanos que así estuvieran dos horas aguardando audiencia y se juntaran treinta en la sala de espera, ninguno rompía el silencio. Entre ellos el hablar es preeminencia tan grande que es señal de superioridad, como lo es de subordinación y obediencia el callar. Para decir a uno "superior" le llaman "Tlatoaní", que quiere decir el que habla, el que tiene jurisdicción para hablar.

Ya el hijo del Descubridor, ya Ponce de León y los demás Adelantados habían dominado el interior de las islas antillanas, y antes de que medie el siglo la raza indígena casi no contaba. Tomás Blanco busca la explicación fundamental de ello en el fenómeno conocido donde quiera que se establece una relación entre una civilización avanzada y razas en estado de naturaleza, según ha ocurrido en Hawai: "los factores principales que producen este fenómeno son la falta de relativa inmunidad para las enfermedades importadas, los zozobras y trastornos pedidos a una civilización impuesta y la dilución de la sangre por me-

¹ Según las leyendas preincáicas la raza india salió de las piedras.

dio del mestizaje”¹. Generosa y razonadamente el Dr. Blanco sale al encuentro de la leyenda sanguinaria de la destrucción del indio antillano por el español audaz y ambicioso; mas luego añade como otra prueba de la despoblación indígena: “en Puerto Rico influyó también el éxodo de los naturales hacia las islas Vírgenes”. He aquí, bien registrado, un primer hecho de la incompatibilidad de dos culturas de signo diferente en el alba del siglo XVI. El español llevaba codicia, prisas, gritos a unas gentes que necesitaban muy poco para vivir y eso Naturaleza se lo daba; no sentían urgencia de nada ante las caricias del sol, algo fogosas a veces, bajo los abanicos de las palmeras, y se entendían entre sí con breves gestos y palabras suaves. Y los recién llegados pretendían imponer un Dios grande a sus dioses menores; pero los hombres pálidos no acertaban a salvarlos de las terribles iras del dios Huracán, enemigo de los frágiles hogares sobre estacas, de las plantas nutricias, de las aves sustanciosas, de los ríos que desbordaban asustados, más sobre todo del hombre, que había de refugiarse en hoyos y bajo la tierra, para que el Huracán no lo descubriera y aniquilara.

Los indios puertorriqueños huían a las islas menores, de donde procedían sus tradicionales enemigos, porque no podían acomodarse a un tipo extraño de ver, sentir y realizar la vida. Y ocurrió luego otro peligro para los que quedaban, también para los mismos españoles, pues a los temidos caribes siguieron los solapados aventureros franceses, ingleses, holandeses. Estaban esas gentes en las costas norteamericanas. La tentación desde allí era mucha, mirando hacia el lago antillano. Inglaterra apetecía —con el buen apetito que la Geografía Universal le ha dado— las islas del Caribe y desafiaba a España y al mundo con su “No peace beyond the Line”; y así Inglaterra ampara la piratería y la eleva a rango heroico, que asciende hasta los honores de la Señoría en Francisco Drake, bandido genial. El

¹ Prontuario de Historia de Puerto Rico.

fácil disfraz de corsario protege a los piratas, bucaneros y filibusteros, algunos de ellos, como el Drake, bajo el amparo real.

¿Viene de entonces el recelo del mar que siente aún el pueblo puertorriqueño, de aquel pavoroso miedo “al holandés”? Porque hacinada hoy una población de casi dos millones donde menos de la mitad podría sostenerse bien, sólo busca en las aguas marinas, abundantes en ricos peces, una exigua parte del sustento que ha de traer de fuera a precio costoso. Claro es que los borinqueños del día pueden decirse que tampoco Grecia, la grande, llegó a superar el miedo marino.

En 1586 España decide ayudar a Puerto Rico y establece el que llaman “Situado”. Una fuerte suma de plata que México, rico y generoso, ha de enviar anualmente a la Isla para atender su defensa, fomentar las obras públicas, favorecer la riqueza; mas allí están agazapados, tras los islotes, los aguerridos bucaneros, que se apoderan del tesoro cinco años seguidos. El procedimiento tenía sus riesgos, y hubo de quebrar al fin. Hoy la caña de azúcar, y hasta hace poco el tabaco y el café, son otros tantos “situados”, mejores que los de antes, porque se hallan en el sitio y no corren los peligros del mar. Riqueza que, aprovechando en lo más y mejor los extraños, no obliga a mayores conocimientos geográficos que los mostrados por un parlamentario inglés, en la Cámara de los Comunes, refiriéndose a las Islas Vírgenes Británicas, cuando dijera de ellas: “una cierta tierra lejos de la Isla del Hombre” . . . Pero ya está creada y funciona, aunque despacio, la “Comisión Anglo-Americana del Caribe”, para ocuparse de levantar el plano de la vida antillana. En mayo de 1942 se reunieron en Jamaica los seis delegados de Inglaterra y Norteamérica y comenzaron a examinar las cuestiones relacionadas con el trabajo, la agricultura, la vivienda, la salud, la educación, el bienestar social la economía y hacienda pública. Uno de los miembros de la Comisión, el norteamericano Taussig, no se mordió la lengua para declarar: “Diríase que han coincidido aquí los productos

derivados de todos los errores económicos y políticos del hombre en los últimos quinientos años". Mas para corregirlos ahora no se ha dado participación directa a los más interesados, a las gentes que pueblan el Caribe y sufren las consecuencias de aquellos errores seculares; bien que haya destacados y talentosos asesores isleños al lado de alguno de los delegados. Y es que los intereses en juego no son ya exclusivos de los cubanos, de los puertorriqueños, de los dominicanos, jamaquinos, etc. Esos intereses, si bien tienen la raíz en las islas, sus flores y sus frutos están lejos.

En las tierras del mar antillano hállanse representadas, como en zona alguna del mundo, muchas razas y nacionalidades. Cuba, por ejemplo, ofrece al lado de la predominante mayoría blanca originaria de España y de casi toda Europa, una gran población negra y mezclada, una colonia numerosa china y no pocos japoneses. En Trinidad, con sólo 425,000 habitantes, negros en su mayoría, quedan ciento cuarenta mil indios y hay una población blanca que descende o procede de España, Inglaterra, Francia o Portugal. Y la islita de San Martín, que apenas se ve en el mapa, debe tener su valor cuando se la han repartido, mitad a mitad, holandeses y franceses, que viven allí con los indios nativos, con daneses, armenios, turcos, corsos, aplicados todos a lo mismo, a sacarle jugo a la pequeña tierra, sin que lo dificulte la diversidad de lenguas. Bien dice Devere Allen al llamar "laboratorio del mundo" a la zona geográfica del Caribe. Laboratorio que, siendo una confusión de razas, idiomas, religiones, ideologías sociales y políticas, muestra una tendencia a evitar la confusión babélica y está en proceso de construir una cultura propia, a base de la secular aportación española y de los imperativos que dan el medio físico, el fondo racial aborigen, la contribución africana, las varias inmigraciones, la mezcla de estos diversos elementos y el influjo de los varios y hasta encontrados estímulos; de todo lo cual puede aguardarse un enriquecimiento espiritual y material para el

mañana del Caribe, quizá como en ninguna otra comarca de América, la hispana y la sajona. Entonces podrá ser realidad la unificación de las Antillas y ofrecerse al mundo el hecho singular de que pueden entenderse, mezclarse y fundirse los hombres de todos colores, sangres y almas.

AFRICA EN EL CARIBE

No se puede hablar del Caribe sin mencionar especialmente al negro, aun más que al mismo indio, si se permite esta afirmación, ya que el indio desaparece pronto y casi totalmente en las islas mayores. El negro viene a sustituirle en las faenas manuales, del campo y de la ciudad, al servicio del blanco colonizador.

El negro llega al Caribe en las primeras horas de esa colonización. En 1505 salen de Sevilla diez y siete esclavos para trabajar en las minas de La Española. En 1510 Vicente Yañez Pinzón compra en Lisboa ciento diez africanos y los envía también a Santo Domingo. En 1518 uno de los caballeros flamencos del gobierno de Carlos V no se desdora en buscar y alcanzar el privilegio, hoy diríamos el monopolio, de llevar esclavos de Africa a las Antillas. En la conquista de México acompañan a los españoles hombres negros que impresionan a los indios con su fealdad. Los portugueses, primeros exploradores de la costa africana y explotadores enseguida de la carne de ébano, facilitan este comercio humano e inhumano a la vez. Después ya fué cosa de toma y daca el repugnante tráfico, ahora ayudando el inglés. El negro era buen trabajador y, hecho al clima fuerte de su país, resistía el sol antillano. El historiador Salvador Brau dice que los esclavos negros adquiridos a principios del siglo XVI para ayudar a las obras públicas de Puerto Rico alcanzan casi todos la ancianidad. "Trabaja como un negro, se dice hoy en burlona alabanza del buen esfuerzo físico.

¿De dónde venían estos negros? Fernando Ortiz, autoridad

mayor en estas investigaciones, escribe¹ que procedían no solamente de la costa africana, sino de todos los lugares del interior, de Mauritania y de Senegambia, de Guinea, Gabón, Congo y Angola, hasta de Zanzibar y Mozambique. Y traían con ellos su cultura.

Ahora bien, esta cultura negra, que generalmente se mira como algo muy inferior, tenía una tradición rica y milenaria. León Frobenius nos dice² que en la época prehistórica Africa recibió por el norte, por oriente y por occidente, el influjo de las más viejas culturas. De ahí que, al comparar los fragmentarios relatos antiguos con las primeras noticias de los viajeros portugueses, españoles, alemanes e ingleses, se registre allí la existencia, un tiempo, de campos labrados y jardines, de grandes ciudades con avenidas de palmeras, de lujosas atavíos en las gentes, de bellos objetos que suponen diestros artífices, de metales fundidos, de marfiles y tejidos variados. Y había en Africa cuatro castas, cuya graduación muestra un orden jerárquico no superado hoy, a pesar de las bobas apariencias: los nobles o caballeros, los bardos, los artesanos, con los herreros en lugar destacado, y los labradores. Aquellos caballeros aristócratas de la categoría primera la merecían sin duda, pues igual que muchos hombres eminentes y admirados en la pseudo-democracias del día, se lo debían todo al personal esfuerzo. Samba Gana, hijo del príncipe de este nombre, cuando llega a la edad apropiada, no se satisface con la riqueza y las comodidades de la casa paterna, sino que deja la ciudad y va a conquistar la tierra que ha de tener en señorío. Lleva en la empresa la sola compañía de dos diali o bardos y dos sufas o siervos; lo que viene a declarar que no le bastará la fuerza del brazo, sino que ha de mostrar en los riesgos de su ambición ingenio y talento para la conquista, el caudillaje y el gobierno.

¹ On the relations between blaks and whites.

² La cultura de la Atlántida.

Todavía más. En la primitiva Africa había algo inaudito y que acaso pudiera servir aún de modelo en las crisis violentas de nuestros pueblos. Había la anarquía periódica y organizada dentro del régimen monárquico. Todo rey tenía prefijado el tiempo de su mandato y de la vida. A su muerte, de la que se encargaban cuatro altos victimarios, seguía necesariamente un periodo querido, previsto, de desgobierno, de libertad máxima, durante el cual nadie trabajaba. Luego, elevado al trono el nuevo monarca, la sociedad se reintegraba tranquilamente a la vida ordenada y feliz. ¿No habrá aquí, en ese desahogo general, casi ritual y temporalizado, una explicación de las sangrientas y terribles revueltas y luchas a que los humanos se vienen lanzando cuando no pueden ya aguantar el orden establecido?

Viene todo esto al cuento de otorgar a los negros la consideración que se merecen por su excelente historia de ayer y por su colaboración social de hoy. La economía del Caribe no puede ser concebida sin el hombre de color. Y con ella otras cosas, de orden espiritual: la música, el baile —también en Norteamérica— las tradiciones, creencias y prácticas religiosas, las diversiones, etc. Y ahí están los hondos, nostálgicos “espirituales”, que remueven en los descendientes del hombre africano el dolor de la ausencia, el sentimiento de la patria primera y lejana, no solamente de la tierra, sino de todo lo que fué suyo, de una perdida civilización. De ella trajo el negro y dió a la raza mezclada del Caribe muchas virtudes señoras: el amor a la libertad, por lo mismo que el negro no la ha reconquistado aún plenamente, el ingenio, la sensibilidad emotiva, la lealtad, la facilidad de palabra, la disposición artística, la destreza corporal, cierta deliciosa ingenuidad, en fin, la gracia, ese don superior que produce a veces un gesto, un movimiento, una expresión que encantan.

Cuando hablamos de los negros, nos referimos a todo individuo más o menos teñido de color africano. Por lo demás, con

un poco de atrevimiento, cabría afirmar que el negro-negro, el negro puro apenas existe. Desde muchos siglos atrás, antes del período histórico se vino mezclando con el blanco. Acaso la sensualidad del negro, de la negra también, habrá ayudado a ello y, ya en las islas del Caribe y en otros lugares de América, la mezcla de sangre fué asunto fácil de hembra y varón. Por eso la Iglesia católica, tan vieja y tan sabia, decidió pronto que el indio y el negro eran también personas, capaces y dignas de sacramentos, entre ellos el del matrimonio, no siempre necesario para la relación carnal.

Ello ha traído la dificultad conocida en las Antillas: donde comienza el hombre blanco y termina el hombre negro, y al contrario. En Puerto Rico la palabra “negro” aplicada al individuo humano, no existe en el lenguaje habitual. Se la suple diciendo “de color”, y a poquísimo que la piel blanquee se le llama propia o impropriamente “moreno”. Hasta la palabra “mulato” parece vitanda.¹ Las maestras norteamericanas que llegan a la Isla encuentran gran dificultad al clasificar a los niños en las casillas de las razas y, quiéranlo o no, han de evitar la calificación de “negro” y bautizar como blancos o morenos a muchos escolares de subida tez. El Dr. Raymond Logan, intelectual negro, dice que los criterios generalizados en Norteamérica dificultan también allí la calificación última y exacta del individuo de color. Y el profesor Ch. C. Rogler, investigador de la vida puertorriqueña, escribe: “El mulato claro es considerado blanco y pasa como tal sin más averiguación. El

¹ “Tan depresivos fueron en los pueblos hispánicos, sin exceptuar la misma España, los vocablos negro y mulato, que su uso fué limitándose a los esclavos, porque implícitamente significaban esclavitud o vileza social. Y para el sentido corriente y meramente indicativo de la distinción racial se acudió a otro vocablo, análogo, pero de acepción convencionalmente peyorativa. Así se dijo *moreno* al negro libre y negro al esclavo; de igual manera que hubo que decir *pardo* al mestizolibre y mulato al sujeto a servidumbre. (Fernando Ortiz: “Raza, voz de mala cuna y de mala vida” - “Cuadernos Americanos”. Septiembre-octubre 1945).

mulato oscuro, como tal, nunca pertenece a la clase alta. Sin embargo y para tomar un caso hipotético, si un mulato de piel oscura fuera admitido en la categoría superior, sólo por este hecho se le definiría como individuo blanco. El significado de raza queda así subordinado a la situación social”¹. Así es y no es del todo así. Sin llegar al prejuicio de raza en el grado conocido en otras partes, los blancos puros, descendientes de emigrados europeos, generalmente españoles, miran con cierto desdén íntimo a las gentes de color que pretenden alternar con ellos en sociedad y censuran las uniones matrimoniales, bastante frecuentes, con personas de diluida ascendencia africana, aunque le tez no la denuncie. Y aun entre las gentes modestas se procura ocultar la ascendencia negra. Muchas veces la pobre abuela ha de disimularse en la cocina cuando llega la visita blanca:

“Aquí el que no tiene dinga,
tiene mandinga ¡já! ¡já!
Por eso yo te pregunto:
¿Y tú agüela a onde ejtá?...²

El negro no quiere serlo y esta es su tragedia. No quiere serlo porque el blanco le mira de arriba abajo sólo por el color, aunque valga menos que él. Afortunadamente avanza con cierta rapidez la mezcla de sangres en las Antillas, donde hay campeones decididos, como Fernando Ortiz, de la última liberación del hombre de color. No lejos del Caribe José Vasconcelos exclama honradamente: “¡Como si ser mulato no fuese la carta de ciudadanía más ilustre de América! ¡Si creo que hasta Bolívar lo fué!”³. En todo caso estamos ya lejos de Gobineau y de su famoso “Ensayo sobre la desigualdad de razas

¹ “Comerio”, monografía del pueblo de este nombre.

² Fortunato Vizcarrondo: Dinga y Mandinga.

³ Indología.

humanas". Quizá Puerto Rico sea uno de los lugares donde más se haya avanzado en la aproximación de las gentes de uno y otro color. La superioridad en número de la raza blanca ha facilitado la absorción y dilución del negro más que en las otras Antillas. El joven novelista Enrique A. Laguerre escribe sin empacho: "¡Mucho mejor sería que fuésemos un pueblo más fuerte, más alerta, más feliz, aunque fuésemos —¡qué importa!— más morenos!"¹. Sin escribirlo, son muchos los que admiran o temen al "grifo", mestizo de sangre negra y mulata, que exhibe fortaleza, audacia, actividad y ambición, a veces con dotes de inteligencia, y produce un tipo particular destacado en la Isla.

Desde los días coloniales de España la acción oficial puertorriqueña viene procurando una relación estrecha entre las razas y sus derivados. En 1770 se estimuló la creación de escuelas primarias, a las que debían asistir indistintamente todos los niños que se remitiesen, sean blancos, pardos o morenos libres"; morenos, esto es, negros auténticos. Un negro así, el maestro Rafael Cordero, mostró en el siglo XIX tales condiciones pedagógicas que "juntaba en la ciudad, alrededor de la mesa de tabaquero, a los hijos de encopetados funcionarios con los de oscuros menestrales, para distribuirles gratuita enseñanza; conducta observada en toda la isla por mujeres, algunas de ellas negras o mulatas manumisas, madres intelectuales de toda una generación"². Los Estados Unidos, rompiendo los prejuicios escolares del propio país, han respetado en Puerto Rico la buena tradición, y así conviven allí en las aulas niños y jóvenes blancos, mestizos y de color, estos escasos en número, desde las aulas primarias a la Universidad.

¹ La llamarada, novela.

² Salvador Brau: Historia de Puerto Rico.

LA TIERRA Y EL HOMBRE PUERTORRIQUEÑOS

El paisaje de una comarca, grande o pequeña, unidad nacional o parcela de ella, viene a ser como su particular fisonomía, que la diferencia de otros lugares, próximos o remotos, es familiar al hombre desde que nace y de ella se encariña. El paisaje nos aficiona y une a la tierra aún más que la riqueza del suelo o del subsuelo, disfrutada generalmente de unos pocos. El paisaje estimula el puro y noble sentimiento de Patria.

La isla de Puerto Rico hállase dotada generosamente por la Naturaleza de los bienes del paisaje vario y bello. En la costa, de suave desarrollo, el mar ha labrado hermosas playas, a las que llegan la vegetación y la sombra de las palmeras, y grandes ensenadas acogedoras para las naves; pero hay atrevidos promontorios que desafían a las aguas y escondidas abras defendidas por acantilados, donde va a morir la espuma. Y el cielo y la tierra ayudan al mar, denso o transparente, a vestir su vario color, desde el gris delicado al verde esmeralda.

La montaña desarrolla en la isla la cinta de los panoramas múltiples, ya altas cumbres donde reposan las nubes viajeras, ya suaves colinas; también singulares verrugones, que dan cierta nota extraña y nos hablan de lejanos transtornos geológicos. En el regazo de las montañas hay dulces valles que los ríos animan, bosques espesos, extensas praderas, que van declinando hasta los finisterres de la costa.

Todavía debemos admirar el cielo luminoso, de un azul limpio, que los puertorriqueños prefieren cuando lo surcan nubes blancas, llevadas por la ventolina.

Ante esa conjunción de elementos gozosos —ciertamente

no exclusivos de Puerto Rico— hemos de justificar el entusiasmo nativo de los puertorriqueños por su Isla. Por algo Felipe III declaraba ya en el siglo XVII que era de todas las Indias Occidentales “la más importante de ellas y codiciada del enemigo”. Y Francisco García Guadiana había escrito a Carlos V, en 1534, que debía estimar la Isla como “el mejor pedazo de todo lo conquistado”. Tan atrayente que Ponce de León, apenas establecido allá, no duda en llevarse a su mujer e hijos y cuanto puede trasladar desde Haití.

Acaso para el extraño, habituado a los saludables cambios de clima en las estaciones, resulte algo monótona una temperatura siempre suave, muchos meses del año calurosa; quizá también moleste un poco la abundante presencia de insectos campesinos que buscan al hombre en el mismo hogar y no le consienten holgarse sin cuidado en la alfombra de los prados o bajo los árboles. También en el mar, la amenaza del tiburón debe retener al nadador en las deliciosas piscinas naturales, protegidas por arrecifes y, en las playas urbanizadas por vallas tejidas de alambre. Pero todo esto que ponemos a la obligada cuenta de la imparcialidad y su fuero, aparece bien compensado por todo lo demás, por el agrado de la tierra y de sus gente.

Boriquen, Boriqén, Borinquen, Buriquen, Burenquen: he ahí otros tantos nombres tradicionales de la Isla puertorriqueña, de los cuales el de Borinquen se ha impuesto a los demás, es el preferido, quizá por su mayor suavidad al decirlo. La Isla tiene 161 Km. de largo por 56 de ancho. Su población figura entre las más densas de todo el mundo, y tal es el grave problema a que Puerto Rico se enfrenta: la realidad trágica de una comarca que podría sostener bien a la mitad de sus habitantes y que ve aumentado cada año su crecimiento demográfico en progresión asustadora. En 1765 había una población calculada en 44883 habitantes, que en 1800 eran ya 155,426. Un siglo después se pasaba del millón, y bastó menos de otro medio siglo

para reunir la masa actual de casi dos millones de gentes, campesinas en su setenta por ciento. Diversas causas, cuyo examen no es de este lugar, han contribuido al extraordinario aumento; pero habrá de señalarse sobre todas ellas la fecundidad que ha traído el mestizaje. Se calculan en 39.8/1000 los nacimientos y en 17.8/1000 las defunciones, según la estadística de 1939; con lo cual resulta asegurado un aumento normal de un 22.2/1000; cifra que impresiona ante el 7/1000 de los Estados Unidos Norteamericanos.

No podía menos Washington darse cuenta del problema, y si por un lado favorecía el crecimiento puertorriqueño con la acción sanitaria, por otro se cuidaba de ilustrar a las gentes en los recursos del anticoncepcionismo, al que la Legislatura de la Isla dió estado oficial en 1937; pero la ignorancia, rutina y pobreza de los humildes, unido al prejuicio religioso, en un país extensamente católico, hacen que el tipo de familia puertorriqueña sea de siete a once individuos, con prole superior a este número en muchos míseros hogares. Ayudada por el curanderismo, la muerte hace fácil presa en los recién nacidos y en la primera infancia, bien que la Sanidad Pública pueda apuntarse el descenso de la mortalidad general de un 25/1000, en el período de 1901-1910, a un 20.1/1000 en el de 1931-1940. Pero la malaria, la tuberculosis, y la uncinariasis son otros tantos terribles azotes que, sin embargo, no logran tener a raya el aumento demográfico. El problema, aparte de otros aspectos, enfrenta las culturas en la batalla de lo que se estima superior o inferior y que puede no serlo siempre en cuanto a los posibles remedios. Si en el caso de la vivienda el norteamericano hace bien en defenderse frente a los anofeles con tupidas alambreras, debe admitir que el puertorriqueño acomodado busque análoga defensa mediante las corrientes de aire en las confortables casas de madera, bien dispuestas para favorecerlas, a la vez que logra una temperatura más agradable que en las cerradas construcciones de cemento. Y en cuanto a la alimen-

tación, no basta que dietistas experimentados vayan a la Isla a predicar de buena fé y sabiendo lo que dicen las ventajas de unas mínutas científicas, superiores al actual y popular plato de arroz y habichuelas, bostezo y colmo de muchos estómagos. Es empeño muy difícil desplazar preferencias que traen consigo una larga historia, y no debe extrañar demasiado que un personaje del novelista Enrique Laguerre se desahogue así: "Las haciendas de antes eran otra cosa. Se vivía mejorcito... toito se hacía en la hacienda... enante se comía más plátanos, se bebía más leche, se comía más carne, aunque juera de jicotea¹. Ahora toito ha cambiao. Leche en pote, carne en pote, ¡habichuelas en pote!"². Una vez más, y a pesar de la facilidad de las conservas, resultaría que todo tiempo pasado fué mejor, aún cuando no podamos asegurarlo siempre, por lo cambiantes que son las circunstancias. La Isla era tal isla, real y verdaderamente aislada hasta bien entrada el siglo XIX: "El 20 de mayo de 1662 aseguraba el Maestre de Campo D. Juan Pérez de Guzmán que hacía once años no llegaba a Puerto Rico un barco mercante de España. En las "Misceláneas" puertorriqueñas de D. Pedro de Angelis topamos con esta declaración desoladora: "En todo el año de 1738 no llegó a la Isla un sólo buque de la Península". Del segundo cuarto del siglo XIX afirma Alejandro Tapia en sus Memorias: "¡Qué novedad era la llegada de algún barquichuelo de Santo Tomás cargado de mercancías! ¡Qué movimiento y animación!... La ciudad se animaba como si se tratara de fiestas reales o jubileo siempre que acontecía una introducción semejante... La llegada de un correo de la metrópoli o de algún buque extranjero con correspondencia constituían acontecimientos extraordinarios que durante varios días eran la comidilla pública". De aquel aislamiento casi absoluto, natural en el tiempo, a la intensa comunicación de hoy,

¹ Variedad de tortuga.

² "La llamarada".

por mar y aire, va un cambio tan grande que sería inútil oponerse a una relación con los demás y sus cosas. Habremos, pues, de admitir que la transformación operada en la vida de pobres y ricos —más en la de éstos, claro es— por la influencia norteamericana, no es fácil que vuelva atrás, sino que dispondrá a todos para acusar mejor las repercusiones generales del mundo en eso y en todo lo demás.

INTERFERENCIA DE IDIOMAS

Un idioma es mucho más que una asignatura escolar, muchísimo más que un diccionario, por voluminoso que éste sea. Si preguntamos a las autoridades de la ciencia lingüística nos dirán, entre otras cosas, que un idioma es una actividad interna, un trabajo del espíritu eternamente repetido para hacer posible la expresión del pensamiento, un reflejo de nuestra razón, de nuestra emoción, de nuestra fantasía, de nuestra voluntad, un fenómeno natural, un hecho social, una creación de la vida... ¿A qué seguir?

Esto nos aseguran los científicos, quedándose acaso cortos. Porque todo es cierto; pero se nos aparece limitado al campo de lo espiritual. Y el lenguaje quizás sea todavía más, porque tiene su origen primario y su raíz última en la entraña más profunda de la naturaleza humana. Una anécdota divertida —no ciertamente para la persona actora y paciente— que nos cuenta Vossler, podrá mostrarlo al lector escéptico mejor que toda una serie de razones filosóficas: cierta mujer alsaciana, de origen alemán y educación francesa, hallándose en el trance de dar a luz, manifestaba sus terribles sufrimientos con frecuentes chillidos de “¡ay! ¡ay!”, sin que el doctor teutón que la asistía hiciese caso mayor de sus exclamaciones y súplicas. Sin duda el pachorrudo galeno sabía muy bien lo que se hacía, pues cuando de pronto la parturienta cambió aquellos ayes latinos por fuertes “¡au! ¡au!” sajones, el tocólogo acudió presuroso a su lado. Había llegado el momento. La raza y la naturaleza gritaban su verdad, arrumbando el artificio de la epidérmica educación recibida.

La raza y el espíritu. Ambas cosas habrán de ser tenidas en cuenta al plantear los problemas políticos que las diferencias idiomáticas pueden presentar. Si la estirpe de los pueblos manda mucha fuerza, el idioma cala muy hondo, cuando la tradición lo mantiene y difunde a lo largo de las generaciones. Ello en lo colectivo y en lo individual. ¿Cual fué el terrible movil definitivo que llevó a Stephan Zweig hasta la insania del suicidio? Nadie lo sabrá nunca y, sin embargo, habremos de considerar esta aguda impresión de Gabriela Mistral, referida al gran escritor: “La melancolía más visible en él era la pérdida de la lengua materna. En su primera visita a esta casa me dijo que nada del mundo podría consolarlo de no volver a oír en torno suyo el habla de la infancia, esto —dijo— es lo único irremediable. Palabras tristemente augurales, que muestran lo entrañable de la lengua materna, de la lengua nutricia de nuestro espíritu. La lengua es —con palabras de Unamuno— “el sedimento del pensar de un pueblo”, además de ser el receptáculo de su experiencia, de sus sentimientos e ideas, de sus hechos y motivaciones, de lo realizado y lo que mira a la esperanza de lo que no se posee y también de lo que nunca se tendrá.

*

* *

Sin duda lo que se ha hecho en Puerto Rico, desde principios del siglo, puede ser explicable, aunque debió saberse que un idioma es algo muy rico y delicado que no ha de ser circunscrito al objetivo modesto de una enseñanza conversacional. Cabe llegar al diálogo correcto en el idioma extraño; mas todo cuanto se logre a costa de la lengua propia vendrá en daño de la recta formación debida al educando y en perjuicio de su capacidad individual y social. Tal es la doctrina sustentada por la Comisión de destacados profesores, que enviara a Puerto Rico “Columbia University” de Nueva York, al propugnar los

derechos de la lengua vernácula. Y el presidente de aquella Universidad, Dr. N. Murray Butler, supo respaldar esa clara posición pedagógica con estas palabras: "Si un niño de tierna edad tiene la enorme desgracia de que se le facilite el conocimiento de una lengua extranjera a expensas de un mayor y mejor dominio de su lengua materna, y el chorro espontáneo y generoso de su nativa energía mental se encuentra devuelto hacia adentro, en lugar de seguir brotando naturalmente hacia fuera, el resultado probabilísimo es un caos intelectual, originador de daños incalculables, impidiendo que en la vida mental del niño se den un millón de posibilidades beneficiosas". Por otra parte, la imposición de un idioma ha tenido en los modernos tiempos un ensayo cruel y estéril en Polonia. Hasta 1871 la situación escolar conservó cierta libertad, garantizada por el Tratado de Viena en 1815, que protegía el idioma nacional. Mas a contar de aquella fecha, fausta para la Alemania victoriosa, todo cambia radical y tristemente: se suprime la historia y la geografía patrias, se expulsa el polaco de la enseñanza, hasta de la religiosa, llégase a imponer la oración en alemán. Naturalmente las familias resisten; los niños las secundan, y viene la guerra desigual entre el hogar y el maestro prusiano, tal y tan brutalmente que los castigos corporales, la reclusión de alumnos en correccionales, las detenciones arbitrarias de los padres, las multas, fueron el recurso diario. Todo en vano. La primera guerra mundial puso término a la terrible lucha. Por eso Inglaterra, que había aprendido la lección, supo aplicar en el País de Gales una política de provechosa tolerancia, conforme a las siguientes reglas: Primera: En las escuelas de párvulos el idioma empleado para la enseñanza general es el del hogar familiar, galés o inglés; en el primer caso se enseña inglés como lengua extranjera. En las escuelas destinadas a niños mayores: (a) Si la mayoría de la población es de idioma inglés, éste se considera como la primera lengua para la instrucción general, enseñándose el inglés como segunda lengua. (b) Si en una población

hay proporción notable de habitantes de idioma inglés y el resto de ellos se compone de naturales del País de Gales, que han recibido la influencia inglesa o de descendientes de ingleses, se distribuye a los niños según esta división natural, esto es, con respeto para la lengua familiar.

Puede decirse que la enseñanza del Inglés en Puerto Rico corresponde hoy a una orientación armónica, bien que algunos consideren insatisfactorios los resultados. No es culpable de ello el magisterio, pues se advierte que la deficiencia proviene de la falta de escuelas y de la escasez de maestros norteamericanos que comuniquen a los alumnos el acento de la actual Metrópoli. Se ha dicho esto tan repetidamente que no hay novedad alguna en reiterarlo; pero acaso la haya en la sospecha de que no bastaría el remedio inmediato a tal situación, con el empleo de muchos millones de dólares, para obtener que la Isla adopte el Inglés como su lengua propia y natural, desplazando al Español, idioma cotidiano de los mismos puertorriqueños conocedores del Inglés y que tiene en la prosa literaria y en la oratoria cultivadores magistrales, dignos de las Antologías. Para haber logrado aquel supuesto cambio idiomático en lo posible, hubiera sido necesario algo más que enviar a las escuelas unos cuantos centenares de maestros norteamericanos, porque habría sido obligado que llegasen con ellos millares de compatriotas dispuestos a mezclarse con la población borinqueña, de modo a suscitar en ella la necesidad de recurrir a la lengua inglesa en la vida ordinaria.

No extrañemos que de los dos millones aproximados de habitantes de Puerto Rico sólo haya 371,132 que hablen el idioma inglés, pues su enseñanza no llega a una gran parte de los niños y adolescentes en edad escolar y son infrecuentes las oportunidades coloquiales que ofrecen los pocos millares —unos 6,000 antes de la guerra— de ciudadanos norteamericanos residentes en Borinquen. Es un error asimilar el caso de Puerto Rico al de Nuevo Méjico, donde la relación continental y la

inmigración interior han facilitado la expansión del idioma nacional; lo que no impide que en dicho Estado, en Tejas y California, pasen de dos millones los habitantes cuya lengua conversacional es aún la española.

*
* *

No se ignoraba en los Estados Unidos lo que venimos diciendo, pues ya el "Report of the U. S. Bureau of Education", comprensivo de los años 1897-1898, declara lo que sigue con referencia a la política escolar a desarrollar en Cuba, Puerto Rico y Filipinas:

"Se deben tomar todas las medidas convenientes para interesar a los ciudadanos que posean una inteligencia educada, o que hayan administrado con éxito sus propiedades, en el empeño de auxiliar a restaurar el orden social y restablecer la marcha de los negocios por sus caminos adecuados. Esta clase de personas deben ser invitadas a ayudar al restablecimiento de las escuelas, pues no se debe intentar sustituir las antiguas por otras nuevas. Interesa reanimar aquéllas, estimulando a los que las han servido a reanudar su trabajo. Los maestros españoles deben ser auxiliados por superintendentes familiarizados con los mejores métodos. Si el Congreso estima conveniente fomentar la educación en estas comarcas mediante subvenciones del Tesoro Federal, habrá también de designar inspectores en número suficiente para que hagan visitas semanales a cada una de las escuelas. Todavía más: debe formar un cuerpo de maestros ambulantes, cuyo idioma sea el Inglés y que estén familiarizados con el Español para que visiten las escuelas semanalmente. Estos maestros habrán de ser en número que llegue a un

cinco y hasta un diez por ciento del cuerpo entero docente.

“Es de la mayor importancia que en la reorganización de las escuelas de los antiguos territorios españoles no se insista en la introducción de la lengua inglesa. Todas las lecciones deben darse en Español, excepto una de lectura elemental en Inglés. La lección que una vez por semana haga el maestro hispano-norteamericano habrá de ser repasada por el maestro de la escuela en el resto de la semana. Si se exigiese que las otras materias, como la aritmética, la geografía y la historia se enseñasen en Inglés, habría motivo justo para que la población española sospechase que los Estados Unidos se proponían imponer el Inglés en estos territorios. Y hay pocos ejemplos en la Historia de naciones que hayan introducido obligatoriamente una lengua nueva en tierras recién adquiridas, y todas esas naciones no han conseguido sino un claro fracaso en sus propósitos. Naturalmente, los Estados Unidos no van a seguir tal política ni un sólo momento. Sin embargo de ello parece justificado que se enseñe el Inglés en las nuevas colonias, como el idioma más útil para ellas entre las lenguas extranjeras. Los nativos deben mantener su Español y sentirse orgullosos de todas las cosas buenas que les ha dado su historia; no por esto será menos firme su conciencia de ciudadanos americanos. Pero el recelo de que se intentará despojarlos de su habla materna haría no sólo inútil, sino perjudicial todo intento de mejorar sus escuelas”.¹

No cabe doctrina más clara, ni más discreta, y si no se procedió siempre tan sabiamente, cúlpese al hecho de la frecuente oposición entre los propósitos y las realidades, entre la actua-

¹ Report of the U. S. Bureau of Education. 1897-1898, Tomo CXX.

ción política inmediata de los gobernantes y el pensamiento objetivo del intelectual que tiene presentes el ayer y el mañana lejano. Así, antes de 1917, se confió al Inglés la tarea urgente de norteamericanizar a Puerto Rico, haciendo que el idioma fuera objeto principal de enseñanza e instrumento exclusivo de ella en todas las materias del programa, quedando el Español relegado al lugar de una disciplina secundaria.

Después de 1917, comprendida la inutilidad del intento en aquella lucha de dos idiomas y los daños que de ella recibía la enseñanza, se tuvo el acierto de nombrar Comisario de Educación al puertorriqueño Dr. José Padín, concediéndole cierta libertad para proceder, puesto que acometió enseguida la reforma de la organización escolar —iniciada por su antecesor, el Dr. Miller—, reintegrando el Español a los primeros grados de la escuela y armonizando su empleo docente con el estudio discreto del Inglés; pauta que con mayor o menor acierto han venido siguiendo desde entonces los Comisionados que sirvieron el cargo después del Dr. Padín, con nueva acentuación del Inglés en los últimos años¹.

Pero todavía, y a pesar de haber tenido larga ocasión de enterarse, hay políticos norteamericanos que siguen defendiendo principios simplistas, quizá porque estiman que un idioma es una sarta de palabras, sin otra función que la coloquial. Se explica así que en la primavera de 1944 algunos miembros del llamado Comité Chávez, en su visita de información a la Isla, declarasen: “El Español debería enseñarse en Puerto Rico como asignatura solamente, intesificando el estudio del Inglés tanto en la escuela como en todas las actividades de la vida puer-

¹ El Dr. José M. Gallardo, nombrado Comisionado de Educación en junio de 1937, hubo de tener en cuenta los deseos del Presidente Roosevelt, manifestados en una carta que le decía: “Es parte indispensable de la política americana que la próxima generación de ciudadanos americanos de Puerto Rico llegue a dominar la lengua inglesa, que es la de nuestra nación. Solamente a través del conocimiento de este idioma podrán los americanos puertorriqueños lograr una mejor inteligencia de los ideales y principios norteamericanos”.

torriqueña". (Senador Ellender). "Todos nos disgustamos cuando se nos informó que la lengua española es obligatoria en los grados bajos, postergándose el idioma inglés. Esto fué lo que más interesó al Comité". (Senador Dennis Chávez, Presidente del Comité). Ningún educador del mundo participaría de este disgusto senatorial ante la causa denunciada, ya que el último maestro de escuela rural de los Estados Unidos sabe que no hay relación escolar posible en la primera edad infantil sino a base de la lengua materna. Comenio ya había dicho algo de esto en el siglo XVI...

Por lo demás, la posición del Comité Chávez era lógica; "Yo creo en la estadidad para Puerto Rico —dijo en otra ocasión el mismo senador Chávez— siempre y cuando todos los ideales, todas las tradiciones y todo lo que representa Tío Sam sea comprendido por los puertorriqueños". El idioma es el medio directo de llegar a este conocimiento; aunque puede no bastar el del habla ajena. La cultura de un pueblo entraña algo más, pues lleva dentro tradiciones, creencias, hábitos, maneras, muy difíciles de arrumbar.

Así lo estima Tugwell, Gobernador de Puerto Rico, cuando en el Mensaje a las Cámaras legislativas de la Isla en febrero de 1942 declaró sin rodeos: "Hay un problema que siempre ha atormentado a los educadores en Puerto Rico, y es el del idioma. El rico fondo cultural del Español hubiera ocasionado una pérdida inapreciable si se hubiese realizado el inconcebible propósito de sustituirlo por otro idioma". Esta posición es perfectamente compatible con el deseo de que la juventud puertorriqueña, "especialmente la que tiene talento para ingresar en las clases directivas", aprenda el Inglés, ya que así podrá alcanzar una mayor plenitud en la ciudadanía del continente, donde el Inglés, el Español y el Portugués habrán de ser pronto del natural dominio de toda persona intruida.

*
* *
*

Pero ese conocimiento plurilingüe jamás ha de darse a costa de limitaciones en la lengua materna, pues ello equivaldría a dañar el normal desarrollo espiritual del individuo y a perjudicar su recta formación mental, con repercusiones también en el idioma coloquial y sin ventaja alguna para nada, ni para nadie.

Puerto Rico nos ofrece, en el último aspecto del habla conversacional, el hecho de un laboratorio natural donde cabe advertir la acción de un idioma extraño en la lengua propia. En efecto, vemos que se dan distintos grados y matices en las interferencias del Inglés, que vienen a perturbar la pureza del Español cotidiano.

Unas veces se trata de verdaderas “incrustaciones”. La palabra norteamericana penetra en el idioma Español, desplazando a la palabra legítima. He aquí, como ejemplo, una breve relación de términos ajenos que el puertorriqueño emplea corrientemente sin darse cuenta: *issue, record, injunction, statement, disbarment, swimming pool, outline, field day, box, partner, party, junior, toastmaster, chairman, speaker, floor leader, at large, massacre, couch, mattress*, y hasta *mister* y *miss* en tratamiento a personas que ignoran perfectamente el Inglés.

Otras veces se trata de la españolización letra a letra, o poco menos, del vocablo norteamericano: implemento (herramienta), planta (fábrica), copia (ejemplar de un libro), fresco (nuevo), bola (pelota), vegetal (hortaliza), carro (automóvil), chequear (confrontar), reportarse (acudir a un sitio), colores (bandera), corte (tribunal). Muchas de esas palabras son castellanas; pero han perdido el significado correcto en su reencarnación y adquirido un nuevo sentido. Análogamente han adquirido diferente valor ciertas palabras de origen corriente: tópico (tema o asunto), discutir (exponer), romance (idilio).

Ocurre que la influencia del Inglés puede ser aceptada cuando se crean palabras expresivas: zafacón (de “safe-can”, para el cubo de la basura), tofete (de “tough”: vigoroso).

La construcción de frases suele acusar también el pliegue inglés: jugar pelota, jugar cartas, es por eso que, la situación es una de gran dificultad. Ejemplo de un anuncio en la prensa: "Correas de cuero. Si su problema es uno de correas, escríbanos".

En ocasiones se llega al destrozo de ambos idiomas: *suitchar* (de "to switch": encender la luz); *estartear* (de "to start": poner en marcha el automóvil). O se combinan palabras inglesas y españolas, haciendo una verdadera mezcolanza: "leche en powder", "rico pie".

Naturalmente, los puertorriqueños cultos están al cabo de la calle y saben lamentar estas interferencias. Véase en prueba de ello la siguiente relación de disparates denunciados por distinguidos periodistas en la prensa de San Juan:

Aprochar.—Acercarse a. Del inglés "to approach".

Basqueta.—Cesta. De "Basket".

Blofista.—Embustero, u ostentador injustificado. De "bluff".

Cuora.—Peseta. De "quarter", con pronunciación desnaturalizada.

Chanza.—Destruyéndose la propiedad de una legítima palabra castellana, se quiere decir con eso "oportunidad" o "riesgo", aunque usada más comúnmente, en el patuá portorriqueño, en este último sentido. Del inglés "chance", ("No tomar chanzas" —to take no chances—, no correr riesgo.)

Chenche.—Menudo, cambio, calderilla. De "change". Nuestros patuás usan la frase completa en completo barbarismo: "No tengo chenche conmigo". (I have no change with me.)

Choquear.—Ahogar, asfixiar. De "choke", para indicar que el motor de un vehículo no arranca.

Feca.—Falsedad, cosa no genuina. De "fake".

Flochero.—Engañador. Del modismo norteamericano "four-flusher".

Guáchiman.—Seren, vigilante nocturno. De "watchman".

Joldear.—Asaltar, atracar en la vía pública. De "hold up".

Marqueta.—Plaza de mercado. De "market".

Mapear.—Fregar el piso con un estropajo. De "mop".

Pichimol.—Describe la moldura de madera que se pone cerca del cielorraso para colgar cuadros. De "picture moulding".

"Vi la manifestación desde el *rufo*". (Por *azotea*: "roof".)

"Anoche me jolopearon". (Por *atraco*: "hold up".)

"Estaba parado en la *corna*". (Por *esquina*: "corner".)

"Fulanito es ahora *farmero*, pues se ha comprado una bonita *farma*". (Por *finca*: "farm".)

"Los Mengáñez tienen una *lina* muy fina. (Por *mantelería*: "linen".)

"El se gana la vida con su *troc*". (Por *camión*: "truck".)

"Estoy *manacheando* muy bien a mi pupilo". (Por *apoderado*: "manager".)

"Toda mi *fornitura* es del país". (Por *mueblaje*: "furniture".)

"Le dió un *paipaso* por la cabeza". (Por *tubo*: "pipe".)

"La leche se me *frisó* en la ventana". (Por *congelar*: "freeze".)

Pero hay también, entre los "plumíferos", quienes tienen algo maleada la pluma y escriben: "Sometió también para el record oficial del Comité un extenso statement preparado de antemano". No lo extrañemos, si también se hace decir en la prensa al Comisionado de Educación lo que sigue: "Las discusiones —declaró el Comisionado— fueron y serán informales, porque todavía no queremos que nadie se ponga en record, al menos por ahora, sino que queremos que en ese plano de informalidad todo el mundo hable y diga lo que siente y lo que favorece".

Eso de lo informal y de la informalidad, con sus contrarios, no deja de sorprender al recién llegado a la Isla, cuando por ejemplo le invitan a una comida "informal" o a una reunión "formal", y puede resultar que lo formal sea divertido y lo informal envarado, pues para algo existe lo paradójico en el mundo.

De todas las palabras registradas hay algunas que han penetrado tan adentro en el idioma corriente que ni aun muchos puertorriqueños cultos aciertan a liberarse de su imperativo, así la palabra "issue" que, empleada por lo general con el significado de discusión o problema, se ha hecho vocablo-comodín, siempre en los labios.

Todo lo dicho aplicase al hombre medio y a la gente humilde de la ciudad. El campesino o jíbaro mayor de cuarenta o cincuenta años suele hablar un castellano limpio y sabroso,

si no ha ido a la escuela. Parecerá esto una salida antipedagógica; pero el hecho cierto es que el buen rústico, aislado de la influencia extraña, ha salvado la pureza del idioma. “Vocablos y expresiones que han cambiado en la lengua común se siguen usando en algunas zonas de la Isla en la misma forma que ofrecía en el siglo XVI —escribe el profesor Navarro Tomás—. El tono del campesino puertorriqueño no ha perdido tampoco los rasgos de nobleza, decoro y seriedad que se aprecian en los textos y referencias del habla de los primeros españoles que se aposentaron en el país”¹. En el otro extremo salvan el buen castellano todos los días muchos hombres cultos, por su relación con otros hombres cultos y con los buenos escritores españoles e hispano-americanos. No dudamos en afirmarlo: hay en Puerto Rico una minoría que habla y escribe un castellano difícil de mejorar.

¹ Notas históricas sobre la tradición lingüística española.

RELIGION Y TOLERANCIA

Quizá sea en el terreno de la religión donde los Estados Unidos han hecho el mayor y mejor servicio a Puerto Rico. El norteamericano encontró allí, al llegar por la bahía de Guánica en el verano de 1898, la consabida intolerancia ibérica, de la que tanto ha sufrido y sigue sufriendo España. No hay para qué insistir en el grave tema, muy doloroso para todo espíritu que desee el respeto a las conciencias. Norteamérica conocía esta situación, y desde entonces tiene allí y en el propio territorio una experiencia de los recelos entre católicos y protestantes, cuyas manifestaciones se muestran hoy en formas diferentes. En lo que se refiere a Hispano-América, el Board of the National Welfare hizo en noviembre de 1942 la siguiente declaración a nombre de los Arzobispos y Obispos católicos de Estados Unidos: "Enviamos nuestros saludos cordiales a los hermanos Obispos de Hispano-América... Ciudadanos de aquellos países están unidos a nosotros por los más estrechos lazos de la religión. No son solamente nuestros vecinos, sino que son nuestros hermanos, pues profesan la misma fé. Todo empeño hecho para apartarlos de la Religión católica o para ridiculizarla o sustituirla acusa un profundo resentimiento en los pueblos de dichas comarcas y en los católicos norteamericanos. Tales esfuerzos muestran ser un elemento perturbador en nuestras relaciones internacionales". Palabras que descubren una clara oposición a toda propaganda protestante en Hispano-América, con la advertencia de que esa propaganda, hecha por norteamericanos, pudiera influir en la relación de los Estados Unidos con los países de lengua española.

La respuesta de los Protestantes no se hizo esperar, pues en diciembre del mismo año 1942 la Asamblea conjunta del Consejo Federal de las Iglesias de Cristo, de la Conferencia de las Misiones Extranjeras y del Consejo Interior de las Misiones de Norteamérica hizo también su declaración, en la que “afirma y seguirá afirmando el principio de la libertad religiosa y de los derechos de las minorías religiosas en los Estados Unidos y en el mundo entero”; afirmación que suscribirá toda persona de espíritu religioso, sea cualquiera su Iglesia, si es que pertenece a alguna. Pero no es fácil que lleguen a entenderse colectivamente protestantes y católicos, bien que lo vengán procurando espíritus generosos de una y otra denominación. La dificultad no es de hoy, ni peculiar de América, pues ya en el siglo XIX Renán escribía con escepticismo a Sabatier: “Pretente usted reconciliar a católicos y protestantes. Estudie usted a San Francisco de Asís, pues en él se da la coincidencia del Catolicismo y el Protestantismo”. El gran Ernesto referíase al verdadero y dulce espíritu de Cristo, no siempre en presencia sincera y fervorosa en una y otra religión.

La Religión católica en Puerto Rico se atiene, como es sabido, a los preceptos y normas de la Iglesia de Roma y a las tradiciones de España, donde el catolicismo, según decía Unamuno, es una religión laica¹, en la que el pueblo, aunque tibio y desorbitado en la creencia, toma, en efecto, parte muy activa

¹ De su viaje por Bolivia, Luis Pierard dejó recogida, entre otras, esta impresión, donde se advierte la fácil y admitida mezcla de los elementos religioso y profano: “El altar mayor es blanco de arriba abajo, y en él destaca entronizada Nuestra Señora de las Gracias rodeada de luces eléctricas. En el solemne momento de la elevación se escuchan las alegres notas de un tango que lanza un armonium fatigado, y después del “*Ite missa est*”, las de una marcha militar, de una gran comicidad ahora”. (*Terre des indiens*).

“Durante el Corpus Christi era costumbre, en Puerto Rico, como parte de la ceremonia para un grupo de mulatos, ir a la iglesia y bailar allí, con los sombreros puestos, ante el Sacramento del Altar; ceremonia que fué suprimida por el obispo Padilla en 1648”. (José C. Rosario: *The development of the Puerto Rican jíbaro and his present attitude toward society*.)

en el contorno del culto; de tal suerte que la procesión, la alegría de las campanas y los cohetes, la romería o la verbena, la repercusión en los hogares, adquieren una importancia análoga a las ceremonias del templo. La Navidad, la Semana Santa, el Corpus Cristi, las solemnidades patronales, ofrecen así, en la Isla, manifestaciones internas y externas semejantes a las españolas.

Si alguna variación hay en lo exterior, por ejemplo en la fiesta navideña de los Reyes Magos, es en feliz servicio de los niños, que los ven llegar de Oriente precedidos del norteño Santa Claus, con su pino deslumbrador. La interferencia se resuelve, pues, en una armonía dichosa del doble gozo para los pequeños de casa holgada. En los hogares pobres la tradición española continúa manteniendo su exclusividad de calderilla.

Dentro de los templos la actitud de protestantes y católicos es la correspondiente a los modos y formas de los respectivos cultos. El protestante inclina su cabeza y deja los brazos caídos. El católico alza el rostro y —me refiero al pueblo— abre los brazos o los eleva, juntas las manos, en gesto implorante. En Puerto Rico, como en España, cabe presenciar escenas cercanas a esta del siglo XVII: "... entró una vieja halduda y, sin decir nada, se fué a la sala y, habiendo tomado agua bendita, con grandísima devoción, se puso de rodillas ante la imagen y, al cabo de una buena pieza, habiendo besado tres veces el suelo, y levantados los brazos y los ojos al cielo otras tantas, se levantó y echó su limosna en la esportilla..."¹. La vieja Pipota cervantina podía ser más rumbosa que el pobre campesino puertorriqueño; pero yo he visto al buen jíbaro besar esas tres veces el paño del altar, mirando suplicante al Crucificado, cuyo favor esperaba en su negra miseria.²

¹ Cervantes: "Rinconete y Cortadillo".

² El jíbaro, sin embargo, tiene una última y profunda creencia: en los espíritus. A ellos acude en la situación más grave, cuando pelagra la vida del enfermo o en una gran contrariedad. De aquí el predicamento en el campo de

Los santuarios en la Isla —el de Hormigueros, muy famoso— muestran también la continuidad de la tradición española: los ex-votos representando cabezas, brazos o piernas, las pinturas y leyendas de igual intención, la devoción extremada de los romeros que suben de rodillas la empinada y larga escalera de piedra para adorar a la imagen pintada de la Virgen de Monserrate, que un día lejano, asegura la piadosa leyenda, salvó a un campesino creyente de la furia de un toro.

Se advierte igualmente la continuidad hispana en la costumbre de los velorios y en el rezo del rosario durante los nueve días siguientes, reunida la comunidad de familiares y amigos; pero más interesante aún es la tradición de poner una vela en las manos del que agoniza, como ocurría en el siglo XI, según dice el Romancero:

“Doliente se siente el Rey,
ese buen rey Don Fernando,
los pies tiene hacia Oriente
y la candela en la mano”.

Siglo tras siglo la débil llama de la candela leonesa y castellana viene alumbrando la hora más patética y acaso pretende iluminar con su luz el misterio del más allá.

En este ambiente de creencias multiseculares, de tradiciones respetables, de vigencias supersticiosas, han ido a laborar las misiones protestantes norteamericanas con sus varias denominaciones: Episcopales, Presbiterianas, Metodistas, Luteranas, Bautistas, para citar las principales. Su acción religiosa tiene algunas veces una manifestación docente, así en el Instituto Politécnico de Puerto Rico. La propaganda protestante encuentra el recelo de la Iglesia Católica; pero la legitimidad de aquella

las iglesias espiritistas, muy frecuentadas por el jíbaro, especialmente en las zonas azucareras donde se advierte una mayor asiduidad a las prácticas religiosas, quizá porque las gentes no viven allí tan aisladas.

labor misionera, dentro de las leyes americanas, ha producido el bien a que aludíamos antes, de haber abierto la Isla a los benéficos aires de la tolerancia.

Quizá esa amplitud del horizonte religioso haya llevado a Vasconcelos, después de una breve y activa residencia en la Isla, a formular años atrás en su "Indología" este deseo: "Me gusta pensar en la gran fuerza que sería para la defensa de nuestra cultura en América un catolicismo como parece que es el catolicismo de Puerto Rico, virtuoso y libre". Lo que de hecho pueda haber de diferenciable, principalmente en la relación social, entre el catolicismo puertorriqueño y el de otras partes, ha de atribuirse al saludable influjo de la acción protestante, amparada en el noble respeto religioso, que es ley efectiva en Norteamérica.

Dentro de los cultos acaso podamos registrar como influencia del protestante en el católico la actual práctica de leer, durante la misa, el Evangelio del día en lengua española, rompiendo con el exclusivismo del latín y con esoterismos sabios, cuyo valor señala Axel Munthe: "La Iglesia Católica nunca explica nada y sigue siendo la fuerza más poderosa del mundo"¹. Registremos el hecho de que la Iglesia Católica ha comenzado a explicarse, a servirse del habla común en la isleta de Puerto Rico.

¹ "Histoire de Saint Michele".

DE LA VIDA SOCIAL PUERTORRIQUEÑA

Es natural que la buena sociedad puertorriqueña se halle influida por el ejemplo norteamericano. Son muchos los jóvenes de las clases media y alta que se educan en los Estados Unidos, mientras sus padres negocian con los industriales y comerciantes de allá. La explotación de la caña de azúcar acentúa esta relación en términos muy importantes.

La vida social puertorriqueña hallábase centrada durante el siglo XIX en el Casino. Lo que era un Casino provinciano en aquel tiempo y en tierras españolas nos lo ha dejado pintado para siempre Leopoldo Alas, refiriéndose al de Vetusta, que yo pude conocer en los mismos días del maestro, profesor en la Universidad de Oviedo: "Generalmente el salón de baile se enseñaba a los forasteros con orgullo; lo demás se confesaba que valía poco". Los Casinos puertorriqueños continúan la tradición española del gran salón de baile y también de "la sala del tresillo... donde se penetraba con silencio misterioso, donde se contenía toda la alegría, toda expansión del ánimo... Los más bulliciosos muchachos, al entrar en el gabinete de tresillo, se revestían de una seriedad prematura, parecían sacerdotes jóvenes de un culto extraño. Entrar allí era para los vetustanos como dejar la toga pretexta y tomar la viril. Jugando o viendo jugar, estaba siempre algún joven, pálido, ensimismado, que afectaba despreciar los vanos placeres, hastiado tal vez, y preferir los serios cuidados del sólo y del codillo". Donde pone tresillo dígame "pocker", para trasladar la escena de Vetusta a nuestros días. Aquel lejano casino tenía además "el gabinete de lectura... En medio había una mesa oblonga, cubierta de ter-

ciopelo de Utrecht. La biblioteca consistía en un estante de nogal, no grande, empotrado en la pared. Allí estaban representando la sabiduría de la sociedad el Diccionario y la Gramática de la Academia. Estos libros se habían comprado con motivo de las repetidas disputas de algunos socios que no estaban conformes respecto del significado y aun de la ortografía de ciertas palabras. . . En los cajones inferiores del estante había algunos libros de más sólida enseñanza; pero la llave de aquel departamento se había perdido”¹. La pieza más importante —ya se ha dicho— era en la Vetusta española y es en los Casinos puertorriqueños el gran salón de baile, con sus espejos y sus consolas, también con sus sillones y divanes alrededor para las mamás. Y el casino de la Isla sigue alegrando su monotonía habitual en la ocasión de los bailes “informales” o “formales”, de confianza o de etiqueta. La orgullosa fachenda de antaño se la ha venido a quitar el club norteamericano, la nueva agrupación más distinguida, con su espíritu de servicio social: los Rotarios, los Elks, los Leones, los Caballeros de Colón, los Optimistas. . . Como, según el refrán, de la panza sale la danza, estos Clubes dan más importancia a la mesa que al baile, y después de comer bien, en grata camaradería, suelen pensar en las gentes que comen mal y convenir, a esa hora de la sobremesa feliz, en modestas iniciativas filantrópicas, su poquitín siglo XVIII. El Casino español y el Club conviven sin interferencia alguna; pero claramente se advierte que el Casino acabará por sucumbir, tan pronto el Club se decida a bailar algo más.

Al margen de las dos sociedades mayores hay algunos círculos cerrados, a la vera del mar o en la montaña, que los norteamericanos entreabren a un número escogido de puertorriqueños. Son recintos agradables, donde hay galerías con hermosas vistas sobre el océano, frente a bosques o cumbres, y hay también limpias piscinas, una docena de revistas y periódicos, otras do-

¹ La Regenta.

cenas de novelas detectivescas o de viajes, un bar bien abastecido, pistas de tenis y butacones confortables.

El Club no ha matado aun al Casino; pero el Bar público ha dado en tierra con el Café. Y es una gran lástima, porque el Café, donde tantas horas han perdido los españoles, es una institución claramente democrática, un Club abierto a todos por igual. Unamuno, que no se sentía muy a su gusto en el Café porque tendía a la perapatecia, dejó escrito su elogio como gran academia estimuladora del ingenio. El Bar llena otra función entre las urgencias que gobiernan al norteamericano, y el puertorriqueño, siguiéndole de algún modo en esto, se ha dejado llevar su Café, todavía representado por alguna que otra sala que pretende serlo y no lo es del todo.

Pero si los puertorriqueños han perdido el gustoso pasatiempo del Café, han ganado otras diversiones, pongamos las "parties" o reuniones de sociedad al modo norteamericano. Muchas son las maneras de distraer el ánimo. El francés prefiere la conversación, que llegó a ser un arte en el siglo XVIII, estimado por la Grande Mademoiselle como "el placer mayor de la vida y casi el único". Era aquel un puro, exquisito afán de mostrarse espiritual. Mariveaux podía escribir: "Les oía decir cosas excelentes con tan poco esfuerzo, tan naturalmente, en un tono de diálogo tan fácil y preciso como si hablasen de lo más vulgar". El norteamericano de hoy, hombre de acción, no se divierte con palabras, bien que guste de la anécdota y el chiste, lejano descendiente del humor inglés. Por eso, cuando se decide a distraerse en las "parties", acude a la acción, a numerosos y variados juegos de sociedad, muchos de ellos infantiles para los europeos, cuya ancianidad de siglos suele necesitar mayor complicación. Por ello declara una disposición ingenua, sencilla, que se lleva o no se lleva dentro, y el puertorriqueño, como el español, no la lleva, resultando algo forzada su alegría en las reuniones norteamericanizadas.

La gente joven, que ha estudiado en los Estados Unidos,

se halla en mejor caso para recibir estas y otras influencias. ¿Es norteamericana la costumbre del “partner”? Se trata del muchacho “bien” a quien una muchacha o su familia invita para que la acompañe en el baile de sociedad. Un abogado y hombre de negocios de San Juan pinta así esta mediana costumbre: “Los jovencitos del “racket social” se hacen pagar todos los gastos de las fiestas a que asisten por los padres de las niñas, a cambio de consentir, luego de múltiples súplicas de la madre condescendiente de la niña víctima de la extorsión, en ser el compañero o “partner”, como se ha dado en llamar al “raquetero”... Conozco jovencitos que, al conocer la existencia de una fiesta social, dan instrucciones a sus distinguidas mamás para que, caso de llamar la madre de una jovencita para requerir sus servicios de “raquetero” social, le diga a la benevolente madre (que a usanza de las alcahuetas, es la que invita al joven para su hija) que no está en la casa, de modo a quedar en posición de aceptar la proposición de otra madre benevolente que también busca “partner” para su hija; pero que estando en mejor posición económica que la primera, puede ofrecer al “raquetero social” más comida, más bebida y mejor tiempo... Y esto dicen las madres, para justificar su dolorosa situación, que es costumbre americana y que por ello lo hacen. Señoras madres de jovencitas de sociedad, si ustedes piensan así de buena fé, están muy equivocadas; en Estados Unidos las madres de las señoritas de sociedad ni permiten, ni alientan esas prácticas vituperables. Tienen más respeto para sus hijas, que el que les tienen ustedes a las suyas. Allí como aquí (en mis tiempos de joven) se espera a que el joven invite a la señorita”. Con mayor seguridad y fundamento cabe registrar ciertas normas de cortesía tomadas de Norteamérica, así la costumbre de acercar las sillas a la mesa, mientras se sientan, a las señoras y a las mismas niñas, sea en comidas de reunión o en el hogar. Sorprende un poco ver al papá entrado en años, quizás anciano, dar el empujoncito al asiento de su hija en la flor de la edad,

ya que lo contrario parece debiera ser lo indicado; pero en definitiva habremos de incluir esta costumbre en el capítulo del rendimiento del hombre a la mujer, quedándonos la duda de si el amable gesto responde a un sentimiento de protección caballeresca o al reconocimiento del suave imperio de la mujer americana; la cual, según Waldo Frank, no necesitó salir de la costilla del hombre.

Puesto que tratamos de la mesa, veamos algunos de los cambios operados bajo la influencia norteamericana. Sabemos que la Isla producía maíz, frijoles, arroz, café, frutas diversas: las citrosas y la rica piña en lugar preferente. Había también ganado vacuno y de cerda, suficiente para el consumo. Los plátanos con sus variedades y abundancia llegaban a pedir de boca hasta en la mesa más pobre. El cultivo de la caña de azúcar, que ha invadido lo mejor de la Isla en los últimos cuarenta años, ha tenido que arrinconar esas producciones y obliga a importar muchas cosas, principalmente en forma de conservas. La investigación de Rogler en el pueblo de Comerío, a la que ya hemos aludido, nos da las siguientes minutas de una familia pobre en 1935, que seguramente son válidas hoy:

Desayuno: café con azúcar sin refinar.

Almuerzo: arroz, tocino, bacalao o frijoles.

Cena: arroz y frijoles.

El profesor Rogler incluye también en el menú de la noche una porción de puerco salado y de tocino, a un coste respectivo de un centavo y dos centavos de dólar; pero, ni aún admitido ese bajo dispendio, cabe generalizar semejante plato para las familias pobres de la Isla y, en cambio, habría de incluirse con cierta abundancia en su alimentación los plátanos o bananas, en sus diversas variedades, el ñame, la yautia y otros tubérculos, con algunas hortalizas.

Dentro de la relación social hay una manifestación que los puertorriqueños han adoptado complacidamente, llevados acaso de su disposición generosa: los regalos. Las fiestas de Navidad

y Pascua, los cumpleaños y santos, las bodas y los natalicios, los aniversarios felices, son otras tantas ocasiones de hacerlos, allí como en todas partes; pero con la diferencia de que tales demostraciones de la amistad alcanzan en Norteamérica, y reflejadamente en Puerto Rico, la categoría de un verdadero arte. Hacer un regalo suele ser para la mayoría de los españoles un problema, pues desean comprar lo mejor, algo útil o que impresione, que motive una satisfacción y una alegría. Ello constituye más de una dificultad para encontrar lo que se busca, y así el obsequiador acabará enviando un paquete con la duda de si habrá acertado. El norteamericano tiene resuelto todo eso, pues la frecuencia de los regalos ha traído la abundancia de la oferta comercial y también la sabia presentación del obsequio en forma atrayente. Dentro del paquete, en los regalos habituales, puede ir allí cualquier cosa: una caja de papel y sobres, unas pastillas de jabón, un libro insignificante, una estampa, un perfume barato, hasta —lo hemos visto— una perchita rosa para colgar un vestido infantil. ¡Qué más dá! Lo que importa es el gesto amable de acercarse con algo en la mano a la hora de la felicitación.

En la ocasión de un alumbramiento o de una enfermedad el puertorriqueño sigue la costumbre norteamericana, también de otras partes, de enviar flores; agradable obsequio que a veces la rutina hace que sustituya al verdadero interés. Fulano o Zutana está en el Sanatorio: “Hay que enviarle enseguida las flores”... y quizá algunos olviden preguntar lo que padece y si lo cosa va bien o va mal.

En el capítulo de las felicitaciones merecen destacarse las que ofrece el servicio norteamericano de telégrafos, a fin de evitarles quebraderos discursivos a los clientes, de paso que les alivia algo menos el bolsillo: expresiones de amabilidad o de cariño a precio reducido. Basta dar un número para ser atendido inmediata y fácilmente. Ejemplos de ternura filial, alámbrica o inalámbrica, en el día de las madre: No. 376, “Todas

mis felicitaciones para la mejor madre del mundo entero". No. 391, "Los mejores deseos para mi madre. Por cada milla que nos separa, te envío cien votos para tu dicha". No. 394, "Hay siete días de la madre para mí, lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo"...

El día de las madres, el día del soldado, el día del bombero, el día del maestro, etc., otros tantos festivales creados en las grandes oficinas norteamericanas de propaganda comercial, que han tenido repercusión feliz en Puerto Rico.

LA ALEGRÍA, FACTOR SOCIAL

No basta que los pueblos estén quietos; es preciso que estén contentos, decía Jovellanos en el siglo XVIII, y daba sus razones de tipo social y político. El puertorriqueño posee una feliz inclinación a divertirse, quizá porque ha recibido para ello influjos diversos y coincidentes en una de las manifestaciones más generalizadas de la diversión: el baile. Vossler dice que la danza es algo íntegramente espiritual. El hombre se ha servido de ella y sus movimientos para expresar lo que sentía más profundamente y no lograba revelar con la palabra. Las danzas del sol, de la lluvia, del viento, del canguro o del oso eran algo más que pegar brincos y hacer cabriolas. Los Indios solían prepararse con la danza para ir a la lucha. No extrañemos, pues, que Bartolomé de las Casas dijese, hablando de la región de Paria: "Aman en extremo grado los cantos y bailes, y esto es comunísimo en todas las islas". Por eso la reina Anacaona obsequia a Cristóbal Colón con un magnífico "areito", en el que participan cuatrocientas doncellas bellas y bellamente ataviadas.¹

¹ Si los Indios puertorriqueños miraban con desdén el trabajo, no ocurría así con la diversión, sino todo lo contrario. La manifestación principal de ella eran los "areitos" que celebraban frecuentemente en la ocasión de toda clase de sucesos: "Cualquiera que fuera el motivo, feliz o triste, se celebraba por medio de un "areito" o danza, acompañado de música y de libaciones hasta la embriaguez. Ciertamente es que entre los Indios el "areito" no era precisamente una diversión, sino más bien una actividad seria y muy importante. Si se declaraba la guerra, el "areito" interpretaba los sentimientos colectivos y movía a la venganza; si tenían que aplacar la cólera del "cemí" (dios), celebrar el nacimiento de un niño o lamentar la muerte de un amigo, organizaban danzas adecuadas a las circunstancias y los sentimientos de la ocasión. Si las gentes caían enfermas, se promovían igualmente danzas como remedio eficiente para que

A su vez el negro aporta a las Antillas su extraordinaria disposición danzarina, donde sobresale la maestría en el ritmo, en hacer del ritmo lo que quiere sin destrozar la armonía; antes bien enriqueciéndola con maravillosas gracias. Norteamérica es deudora también al negro de muchas modalidades del baile que sucesivamente han ido pasando a los salones y salas de todo el mundo: "breakdown", "cake-walk", "buck and swing", "soft shoe", "fox trot", "trucking", "swing"... Y si el pueblo antillano no se ha mostrado siempre atento a esas novedades era porque otras danzas de color obtenían sus preferencias.

El puertorriqueño recibió, además, a la hora de bailar, la influencia hispana, y acaso por ello o por cierta disposición natural guarda su preferencia para dos formas de baile: la elegante danza borinqueña y el pausado bolero. En éste el ritmo lento, a veces lentísimo, recuerda la deleitación morosa de la pareja madrileña cuando limita sus movimientos al breve espacio de una loseta, de un ladrillo, se dice con exageración.

Las clases media y alta puertorriqueñas siguen en el baile las normas generales del mundo norteamericano, de tal manera que para ciertos atrevidos bailes antillanos, pongamos la conga, importa mucho que la dancen en las clubes distinguidos de los Estados Unidos.

Gustan así mismo en la Isla mucho las carreras de caballos y las riñas de gallos, pero la pasión que se pone en estos espectáculos es atizada por la codicia de la apuesta. El caballito del jíbaro, con su andar picado y seguro, camina muy lejos de los hipódromos y, en cuanto a los ruidos de las galleras, los gritos y voces de los que cruzan sus cifras de dólares, en desafío, molestan de tal modo al simple curioso que ha de lamentar la le-

recuperasen la salud, y cuando un paciente no podía soportar la intervención del médico o "buhiti", acudían también a la danza" (Abad y La Sierra, Iñigo: "Historia Geográfica, civil y natural de la Isla de Puerto Rico). Citado por José C. Rosario: "The development of the Puerto Rican Jibaro and his present attitude towards society".

janía de la diversión primera, cuando los marineros distraían con unos gallos sobre la cubierta, las horas sin término, en la calma chicha de los océanos.

Pero es en las solemnidades patronales donde se guarda más la tradición hispana. Veamos un programa de las fiestas de San Juan en la capital de la Isla. Como en una ciudad española encontramos allí dianas, verbenas, regatas, concursos de juegos infantiles, bailes de sociedad, fuegos artificiales... La influencia norteamericana se advierte, más que en los incentivos que ofrecen las verbenas —tómbolas, ruletas, caballitos, puestos de refrescos, etc.— en las denominaciones que reciben algunos de esos recursos: “Machina” (el tío vivo), “Estrella” (la rueda volante). A señalar la presencia excesiva de ruletas, que rodean chicos y grandes de la clase humilde para aventurar esperanzadamente los centavos que acarician en el bolsillo. Señal clara de pobreza.

En el programa que describimos hay otro número perfectamente español: “A las 9.00 A. M. solemne misa cantada a tres ministros en honor al Santo Patrón en la Santa Iglesia Catedral”. Bien se advierte aquí el influjo de Norteamérica en esas letras A. M. (“ante meridiem”) y en esa misa “cantada a tres ministros” (a tres voces), donde se da un nombre protestante (ministros) a los sacerdotes del culto católico, sin duda ministros de Dios; pero nunca llamados así en España.

Cabe afirmar que el pueblo puertorriqueño sigue divirtiéndose a la española, bien que admita la maquinaria norteamericana y también, en la sociedad distinguida, las distracciones confectionadas de que tanto gustan en los Estados Unidos, por la facilidad de acomodarse a las instrucciones que traen las cajas desde las fábricas, con los trebejos, cartones, figuras, acertijos, etc. Algunos norteamericanos, así Glover Dewey y Start Chape, vienen lamentándose de esa invasión comercial de la diversión hecha, con daño del ingenio y de la iniciativa personal; pero el negocio, calculado en más de veinte billones de dólares

al año, es demasiado grande para que haya fuerza bastante a detenerlo y restituír nuevamente la distracción al ambiente de lo espontáneo, del humor individual y de la ocasión favorable.

No debemos terminar este capítulo, sin referirnos sea brevemente a la fiesta de "Halloween", en la víspera de Todos los Santos. Bien se declara en esa proximidad al día de los Muertos el origen lejano de la celebración y lo que significa como actitud rebelde del hombre ante el Destino fatal, del que presente olvidarse con una mascarada. Los norteamericanos hallan entonces un recreo particular en trastocar los estados de hombre y mujer, disfrazándose de manera encontrada. Y es de admirar el arte y la facilidad con que ellos remedan lo femenino, no ya en el tocado y el afeite, sino en los ademanes, en la voz de falsete y hasta en el andar. Habilidad negada por Naturaleza al español y al hispano americano, de tal suerte que por excepción el puertorriqueño se presta a las pasajeras trasformaciones, no sin extrañeza del norteamericano, para quien la negativa a las invitaciones del caso suele expresar una mediana disposición "good sport", falta de camaradería en la diversión.

LA OBRA LIMITADA DE LA EDUCACION

Por la necesidad misma de relación e influjo, los Estados Unidos tenían que llevar a Puerto Rico su sistema de enseñanza. Con ello seguían ejemplos y normas practicados por todos los pueblos colonizadores, desde los días de Roma. Ciertamente no hubo del lado de Norteamérica la decisión coactiva de “yanquizar” desconsideradamente a los puertorriqueños, según hiciera la primera Alemania en la Polonia sometida, con resultado positivo en cuanto a la instrucción de los polacos en el programa escolar, con fracaso absoluto en el intento de despatriar espiritual y sentimentalmente a un pueblo. Norteamérica procedió a llevar sus cosas al territorio que le cediera el Tratado de París; pero al hacerlo adoptó el estilo conocido de Inglaterra, Holanda, Francia, a las que se refiere Znaniecki: “Es obvio que cuando un grupo de nacionalidad está en contacto continuo con otro, al que considera no sólo como culturalmente distinto, sino como racialmente inferior, la creencia en que los miembros del último son por naturaleza incapaces de llegar a ser participantes plenos en el primero se opone a las tendencias asimiladoras. Puede buscarse una solución intermedia asimilando culturalmente al otro grupo, pero manteniendo a la vez la separación racial, esto es, incorporándolo a la sociedad de cultura nacional como casta inferior. Tal es la situación general de los pueblos de “color” en las sociedades blancas, aún en los casos en que la cultura de los últimos ha sido transmitida a los primeros. Sin embargo, si el grupo “inferior” está socialmente unido y es capaz de mantener su propia cultura, se

recurre con respecto a él a otras formas de expansión agresiva, en especial la expansión económica.”¹

No era un pueblo de color el puertorriqueño, ya que predomina allí la tez blanca; pero Norteamérica creía tener motivos para estimarse superior. De ahí que decidiera nombrar directamente, entre otros altos funcionarios, al Comisionado de Educación; manifestando con ello la importancia que desde la primera hora concedía a la penetración cultural en la Isla. Ello ha facilitado, con la generosa cooperación de la Legislatura isleña, el aumento de escuelas, que distan aún de cubrir las necesidades pedagógicas del territorio: “De un estimado de población de más de 700.000 niños de edad escolar en la Isla, solamente 293.263 estaban matriculados durante el día en las escuelas, públicas”, dice uno de los últimos informes del gobernador Tugwell.² Estas escuelas, sostenidas por la Isla, han sido organizadas siguiendo la pauta norteamericana, con justificada intención, ya que el sistema docente de los Estados Unidos abunda en excelencias; pero cabe no estimar favorablemente la primera decisión de poner la lengua inglesa en la casilla principal del horario de clases. Ya nos hemos referido a este error y a sus

¹ Las sociedades de cultura nacional.

² “La influencia de la escuela, que ha sido enorme en las ciudades, ha resultado mínima en las comunidades rurales. Prácticamente ha alcanzado a todos los hogares; pero de hecho no ha penetrado en ellos. Por término medio el niño campesino ha ido a la escuela dos años, con una asistencia de sólo medio día; así que en definitiva sólo ha recibido un curso de enseñanza primaria. La consecuencia de ello es que los niños dejan la escuela casi en la misma situación en que han entrado. Aprenden algo de Lectura, que olvidan pronto; un poco de Inglés, que nunca llegan a dominar, y un poquillo de Aritmética. La influencia del maestro sobre los alumnos en este breve período queda rápidamente anulada por la influencia de la casa, antes y después del intervalo escolar. Pero no podemos negar la gran influencia que la escuela ejerce sobre los pocos jíbaros afortunados que logran continuar en la escuela más tiempo, especialmente los que van a las llamadas “segundas unidades” rurales. Estos jíbaros se distinguen generalmente de los otros tan pronto dicen algunas palabras, y acaso aun antes, por sus maneras más urbanas y sus aires menos tímidos.” José C. Rosario: *The development of the Puerto Rican jíbaro and his attitude towards society*.

consecuencias, que mantiene a varias generaciones puertorriqueñas en la frontera de dos idiomas, sin conocimiento ni soltura suficientes en el uno, ni en el otro. Esto aparte, la orientación pedagógica de la metrópoli vino a romper con la tradición europea, dentro de lo que España podía hacer en aquel siglo XIX atropellado por guerras y sucesos políticos; una tradición que concede la importancia mayor a la formación integral y desinteresada de la infancia, con el propósito de hacer individualidades cultas. A tiempos nuevos habían de corresponder actitudes diferentes, sobre todo en la tierra nueva de América. De ahí el concepto moderno —nada acertado en la realización extremada— de poner la escuela de un modo resuelto al servicio de la comunidad, y al escolar ante el empeño fundamental de servirla cuando abandone las aulas. A esto responde en Norteamérica, y como repercusión en Puerto Rico, el valor preferente, justificado en algún aspecto, que se otorga a la enseñanza vocacional, esto es, a la preparación intencionada, concreta, desde la escuela, en las actividades prácticas, aunque padezca algo la formación mejor para la vida. También vienen de aquí gruesas ignorancias, debidas a las prisas en especializar y a los vacíos en los estudios durante la primera y la segunda enseñanza. Análogamente la orientación pretenciosamente realista que se lleva, con buen deseo, a las mismas escuelas elementales: “A una niñita de nueve años, alumna de cuarto grado en la escuela pública se le dió como asignación en el curso de problemas comunales que hiciese composiciones sobre los siguientes asuntos: a) explicar en que consiste la ley de cabotaje; b) hacer un estudio sobre la ley contra la inflación; c) un ensayo sobre el funcionamiento de las cooperativas y una crítica sobre los propósitos inmediatos que persiguen los alemanes con su invasión a Rusia”. (De una información de prensa). Otras veces se caen en ingenuidades como esta durante la celebración de la semana cívica: “Hubo una clase diaria —estupenda según me dicen— para enseñar a los muchachos todos los preceptos

necesarios sobre los siguientes sociabilísimos y distinguidísimos temas: lunes, “Mantelería”; martes, “Loza”; miércoles, “Cubiertos”; jueves, “Cristalería”; viernes, “Adornos de Mesa”; y durante todos los días de la semana clases muy amables sobre como preparar un buen menú”. (De la prensa diaria). Tales procedimientos pedagógicos hacen recordar la novela “La Maternelle”, de León Frapié, con su escuelita de barrio pobre de París, donde los niños que vivían hacinados en hogares de miseria escuchaban lecturas como esta: “Son las ocho de la mañana. Luisa se dispone a salir para la escuela. Busca su cestita en la habitación ¡Y qué habitación más linda y ordenada! La preciosa camita blanca está ya admirablemente arreglada. Debajo de ella asoman las zapatillas azules de la niña. El camisón de noche cuidadosamente plegado. Los juguetes colocados con gusto en un armario. La muñeca y sus ropitas, en un cajón. Luisa gusta del orden. Jamás pierde su pañuelo y sus cintas. Sin duda es gran cualidad la de ser ordenado, y todos los niños debieran parecerse a Luisa. Para ello, en toda casa, debe haber un lugar para cada cosa; de modo que cada una de ellas ocupe su sitio”.

Niños y niñas de gran pobreza tienen también ocasión en Puerto Rico de verse trasladados a un mundo muy distante de su mísero mundo familiar en las fiestas de las escuelas, sobre todo en las lujosas Coronaciones, donde la falsa realeza y su séquito imponen durante unas horas la ficción de una Corte bien ensayada entre gasas y sedas, perfumes y flores, también entre envidias. He aquí el programa de una de estas Celebraciones, alterando solamente los nombres:

Coronación de su Majestad Paquita I.— 1. Desfile de su Majestad Paquita I y su Corte.— 2. Coronación por su Majestad Julita Pérez y la princesa Pepita Fernández.— 3. Mensaje de la Reina (cantado).— 4. Presentación del regalo.— 5. Homenaje a su Majestad. Canción por una dama de la Corte.— 6. Poesía a la Reina.— 7. Bailable por la Bailarina de la Reina.— 8. Minuet. Cadetes y damas de la Corte.— 9. Canción por

las damas de la Corte.— 10. Mensaje.— 11. Blanca Nieve y sus Siete Enanitos.— 12. Nipón: baile japonés.— 13. Copas y toros: Coro Español.— 14. El Trianero: canción.

De los Estados Unidos han llegado también a la Isla las solemnidades de las graduaciones, con sus “caps and gowns”, equivalentes a las togas y birretes abandonados por España al polvo de los vestuarios académicos. Cosa simbólica y decorativa, los puertorriqueños la han aceptado como un elemento más de las fiestas escolares, incluso en los Jardines de la Infancia.

Por fortuna la Universidad de Puerto Rico se ha dado clara cuenta de las fallas de la enseñanza establecida y ha comenzado a remediarlas mediante Cursos Básicos en los años preparatorios, que rehagan y completen la preparación insuficiente de los alumnos. Aplicada a este laudable empeño, la Universidad no quiere distraerse por ahora en una obra que le corresponde por más de un motivo, el de atender a una relación docente interamericana, con mayor derecho —quizá con mayor deber— que otros países. No se trata de hacer de Puerto Rico el Puente entre dos Culturas, que el Dr. Tomás Blanco no acepta por inexacto, confusionista y deprimente: “Detrás de esa frase y de algunas buenas voluntades que pudieran prohijarla nos acecha el peligro de eternizarnos en un *cocktail* de mediocridades, en un mosaico de fósiles desportillados y deslumbrantes baratijas ultramodernas, en una burundanga estridente. No reneguemos de nada, y menos de las lecciones provechosas que nos haya podido dar el yanqui; pero procuremos depurar los elementos dispares, inarmónicos, que conviven en la olla podrida de nuestro ambiente. Sinteticemos, conjugemos módulos y tendencias, para fundir la diversidad heterogénea en algo propio y característico, con sentido y razón de ser en nuestra tierra. Seleccionemos y coordinemos los materiales de diverso abolengo para crear una originalidad típica con raigambres en nuestras tradiciones y en nuestra idiosincrasia. Adaptemos de la civilización universal todo lo que puede servirnos para nues-

tra madurez y nuestro progreso; pero aspiremos a vivir dentro de una modalidad cultural auténticamente acorde a nuestra Isla y a nuestro modo de ser"¹. La organización de una Escuela Internacional dentro de la Universidad pudiera ayudar a ese noble propósito, pues ensancharía las relaciones culturales de la Isla, y ya el establecido intercambio de profesores y alumnos con Universidades del Continente es un paso hacia ello.

La Universidad de Puerto Rico fué fundada en 1903; se halla instalada en la proximidad de San Juan, localidad de Río Piedras, y tiene una matrícula cercana a 5.000 alumnos de uno y otro sexo. Comprende Colegios de Artes y Ciencias, Leyes, Educación, Farmacia y Administración, una Escuela Primaria Superior, una Escuela de Artes y Oficios y una Escuela Modelo. Forma parte también de la Universidad el Colegio de Agricultura y Artes Mecánicas de Mayagüez, al lado de la Estación Federal de Agricultura Experimental. Bajo el Patronato conjunto de la Universidad de Puerto Rico y de la Columbia University, de New York, hay en la capital la notable Escuela de Medicina Tropical, con Laboratorios y Hospitales y una colonia de monos en la Isla de Santiago, a los efectos de la investigación.

Al lado de la Universidad y de la red de escuelas primarias, elementales y superiores, rurales y urbanas, la iniciativa educadora de los Estados Unidos tiene en la Isla algunas instituciones de carácter señaladamente norteamericano, por su dirección y organización.

The Polytechnic Institute of Puerto Rico, fundado en 1912 por el Dr. J. W. Harris como misión presbiteriana, dirigido actualmente por el Dr. Jarvis S. Morris. Es un Colegio coeducacional de segunda enseñanza, donde se pone a contribución la enseñanza religiosa, el hermoso ambiente de Naturaleza y las ocupaciones manuales como otros tantos influjos beneficiosos

¹ Prontuario histórico de Puerto Rico.

a la buena formación de la juventud. El Instituto Politécnico tiene en avanzado proyecto la creación de un Departamento Industrial.

Blanche Kellog Institute, escuela superior de niñas, de carácter privado, perteneciente a la Asociación Misionera Americana. Posee un hermoso edificio en la barriada moderna de Santurce¹.

George O. Robinson School, primeramente orfanato femenino, creado por la Iglesia Metodista; escuela hoy de niñas con internado, donde se recoge un número de huérfanas puertorriqueñas que, además de recibir adecuada enseñanza, son preparadas en las labores del hogar.

Saint Johns School, escuela reservada especialmente a niños norteamericanos de familias que residen temporalmente en Puerto Rico y de otras familias en cuyos hogares se habla el Inglés.

The Evangelical Seminary, localizado en Río Piedras, con el propósito de formar ministros para el culto protestante. Los alumnos siguen además los cursos de la Universidad a fin de completar su formación intelectual al lado de la preparación teológica y misionera.

Señalemos también la Barranquitas Baptist School, la Marina Neiborhood House, debidas a la iniciativa de Iglesias Protestantes.

A pesar de ser instituciones modestas, estas escuelas realizan una labor de interés, no solo en el aspecto pedagógico, sino también en la función de relacionar a norteamericanos y puertorriqueños, con las ventajas que trae siempre el conocimiento personal. Así, en esos pequeños grupos de alumnos y antiguos alumnos isleños, adviértense gustos y maneras estimulados por dicha relación, principalmente cuando los maestros reúnen condiciones de llaneza y cordialidad a que es sensible el temperamento latino.

¹ En 1944 se había cerrado esta institución, no sabemos si temporalmente.

LA PLAZA Y LA CALLE

Yo no sé si España introdujo en el continente americano la Plaza. En Borinquen había el “batey”, cruce de dos calles, en cuyo ensanchamiento se alzaba la vivienda del cacique; denominación la de batey dada después al espacio libre delante de la casa rural y que viene a corresponder a la llamada “quintana” de las aldeas asturianas.

La Plaza, es bien sabido, busca su antecedente procer en la ágora griega y en el foro romano. Los españoles la hicieron suya, y en la heroica empresa americana los primeros núcleos de conquistadores y colonos se agrupaban alrededor de un espacio limitado por las viviendas improvisadas, formando una plaza. Parece ser que en esa formación hay a la vez un impulso hacia dentro, de convivencia, y una necesidad defensiva ante el peligro de afuera. Esas ciudades de la hora arriesgada eran de quita y pon, pues las flechas y el fuego daban fácilmente en tierra y en ceniza con las apresuradas construcciones de paja y ramas que, no por su pobreza, dejaban algunas de albergar la Iglesia y la Casa Municipal. Desde entonces las dos representaciones de vida espiritual y civil coinciden en las plazas españolas, con la otra expresión de la necesidad más inmediata para los individuos y la comunidad: el mercado. Pero —Cervante iba a decirlo— “no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios por calificados que sean: horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descansa”. Afligidas o no, las gentes necesitan distraerse, y de ahí el no menos importante servicio que la plaza presta a la ciudad, siendo lugar de conversación y es-

parcimiento, frecuentemente al son de la música en su quiosco o templete. Las Leyes de Indias (Libro IV) determinan que las Plazas han de tener forma de cuadrado o de polígono, ser “a propósito para las fiestas”, de “grandeza proporcionada al número de vecinos”.

Se ha dicho que la Plaza es el corazón de la ciudad —en España, en Italia, también en Flandes y en otras partes— y lo es en las poblaciones grandes y chicas de Puerto Rico, con un carácter y una vida tan peculiar que la Plaza es hoy una de las curiosidades para los extraños. El paseo diario allí, al oscurecer, cuando muchachos y muchachas circulan en amoroso diálogo y no oyen la música, si toca, es una costumbre muy española —dicen los norteamericanos y dicen bien— que los turistas buscan tan pronto llegan a la Isla. La cultura hispana tiene en la plaza un anclaje social que promete larga persistencia.

Las Leyes de Indias disponían también que las calles principales de la ciudad, afluentes a la plaza, tuviesen “portales para comodidad de los pasantes” y para la defensa contra el sol y la lluvia torrencial. Todavía quedan en la Isla algunos de esos pórticos o soportales amparadores, que la construcción moderna, avara de los espacios comercialmente aprovechables, va eliminando, como sucede en la vieja España, la de Toledo y Santiago de Compostela. La calle puertorriqueña es claro reflejo de la española, con su animación y su poco desorden, con los desocupados y los pazguatos que estorban en las aceras, lo mismo en San Juan que en la Puerta del Sol madrileña.

En unas y otras calles hay un personaje que no debemos soslayar distraidamente, por si nos molestase: el mendigo. No molesta, no, el buen mendigo puertorriqueño, que no habremos de confundir, pues aún hay clases, con el pedigüeño que importuna al turista. El mendigo isleño es español, como el de allá es bereber, descendiente de los altivos nómadas. Por eso, ante un auténtico mendigo de España, dudamos si nos pide o nos ofrece algo, cuando extiende su mano. Por eso también sa-

be envolverse en su capa harapienta como un caballero, como un señor.

Claro es que se ha perdido algo de la tradición, pues el mendigo de hoy ha olvidado mucho de lo que le había enseñado el pícaro: “ganara más si no se me atravesara un mocetón mal encarado, manco de los brazos y con una pierna menos, que rondaba las mismas calles en un carretón y cogía más limosna con pedir malcriado. Decía con voz ronca, rematando el chillido: Acordaos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; dadle al pobre lo que Dios le priva. Y añadía: “Por el buen Jesús”; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús, sino quitábale la *s*, y movía a más devoción”¹. El mendigo, al circular en las ciudades, ha ido dejando de ser lo que era y es aún en muchos pueblos y aldeas españolas: el que por un ochavo, decía Francisco Santos, se ofrece a ser abogado ante el Tribunal de Dios. Como el pordiosero español, el mendigo puertorriqueño de raza prefiere la actitud pasiva, resignada, a lo que dejen caer en su mano las buenas almas, porque está hecho a la resignación de toda su triste vida.

En Puerto Rico he visto el ejemplar de mendigo más admirable que puede darse: un hombre cincuentón, con ambas piernas amputadas, que remaba sobre una tabla rodante sin aparente esfuerzo, hasta con cierto garbo que sorprendía. Su primera visita a media mañana —no había para qué madrugar en la siempre larga jornada— era para una tienda cercana a la plaza, donde le obsequiaban con un cigarro. ¿Había desayunado bien el hombre? Quizá le habían regalado con una taza de café negro en algún tabernucho; pero ahora el mendigo era feliz y, sin ocuparse de las posibles limosnas, daba al aire de la calle ufanas bocanadas de humo, mirando indiferente a los que pasaban. Auténtico mendigo español, de la venturosa orden del asceta que decía: “Quiero poco, y eso poco lo necesito po-

¹ Quevedo: “Vida del Buscón”.

co". Mendigo muy diferente de su congénere de Norteamérica y otras partes, donde ha de plegarse a las rigurosas ordenanzas de la beneficencia pública y no puede saber lo que sabe, quiere y defiende el mendigo de alcurnia española y bereber: la libertad.

En la calle juegan los niños. La peonza, la cometa, las bolitas de cristal o de china, que ya hacían felices a los niños griegos, siguen divirtiéndolos a los niños españoles y de todas partes y hablan de la ancha comunidad de los juegos infantiles, de que no hay mares ni fronteras para ellos. Si aquí puede advertirse todavía alguna influencia española, ésta ha desaparecido entre los adultos, ya que el base-ball, el basket-ball y otros deportes norteamericanos muestran también en la Isla el empuje con que han invadido los campos y pistas de todo el mundo.

EL JIBARO

No deben faltar en estas notas algunas referencias al campesino borinqueño, que hoy forma cerca de los cuatro quintos de la población de la Isla; con lo cual no es aventurado afirmar que su suerte, favorable o adversa, será la suerte de Puerto Rico. El poder de las masas, rebélense o no, va siendo el decisivo en muchas cosas del mundo, cuando ese mundo es sensible a los imperativos de la justicia, la libertad y la verdadera democracia.

En el jíbaro se dá la conjunción de las culturas en una forma más particular que en ninguno de los otros grupos sociales. El jíbaro y su vida son un producto del español y de las razas india y negra que, si diferentes en su aportación étnica, contribuyen a dar al campesino de la Isla las características actuales.

Sabido es como el español se mezcla inmediatamente al nativo antillano. En 1530 hay ya en Borinquen hasta catorce mujeres indias casadas con españoles, sin hablar de los abundantes cuncubinatos. Quizá estos enlaces, a la hora primera de colonizar, beneficiaban principalmente a los conquistadores aventureros; pero, con todo, es este un hecho expresivo de la adaptabilidad del español a la nueva tierra, que le conduce seguidamente a la aceptación de nuevos modos de vida: la vivienda, algo modificada, la alimentación que el suelo imponía, los aperos de labranza, los fáciles métodos de trabajo agrícola, etc. Ahora bien, el español individualista y receloso en el nuevo país busca el aislamiento, y así cuando Ponce de León autoriza en 1510 a Don Cristóbal de Sotomayor a establecerse en la vecindad de la bahía de Guánica con las gentes que había llevado

de España, los colonos declaran su voluntad de alzar el bohío lejos los unos de los otros; inclinación que todavía se advierte hoy dentro de las mermadas posibilidades de los terrenos disponibles. Entonces, como ahora, había aquí y allá viviendas aisladas en el campo, frecuentemente en lo alto de las colinas, a todo riesgo de los vientos y de los huracanes. El temor al fiero caribe y después a los piratas, que justificaba siglos atrás el alejamiento de la costa y que las gentes se acogieran a los repliegues de las montañas, no bastó a que el aventurero procedente de los mundos españoles decidiera agruparse en poblados rurales, acaso porque muchos de los colonizadores traían consigo la tendencia particularista del cortijo andaluz, de la alquería, del caserío norteño. Los historiadores pretenden explicar ese voluntario aislamiento por una actitud prudente, a fin de evitar las querellas entre vecinos, dado que los españoles siempre han sido peleadores y en la colonia pudieron demostrarlo desde sus comienzos los mismos Franciscanos y Dominicos con sus contiendas. Nosotros aportaríamos el caso de un jíbaro amigo que prefirió continuar en su aislada casucha de madera antes que trasladarse a una vivienda moderna, en pequeña barriada obrera recién construída, justificándolo en la preocupación de que su mujer —su señora, dice el jíbaro— pudiera tener disputas con las vecinas, aún siendo ella persona muy pacífica.

El ajuar de la familia jíbara participa igualmente de la doble influencia. Hay la hamaca y las vasijas vegetales del indio, al lado de las sillas, los platos y tazas, no siempre abundantes, del hombre blanco. Cuando el dinero lo permite se ve acentuado, dentro de la pobreza, el influjo de las comodidades modernas.

La familia jíbara es fácil de constituir, porque generalmente no intervienen en esa constitución ni la autoridad civil, ni la iglesia, sino que se produce la unión conyugal por inclinación y voluntad mútuas. Y es de advertir que este tipo de matrimo-

nio consensual suele ser de una fidelidad mayor que el otro legalizado y santificado. La facilidad para las uniones quizá tenga un origen lejano, cuando buscaba mujer el colonizador recién llegado, sin otras preocupaciones que la sexual y los cuidados domésticos. Esta familia irregular busca la aprobación de la sociedad en el bautismo de los hijos, para que sean cristianos, y con ello extiende sus lazos al padrino, de modo tan poderoso que el "compadre" se siente obligado a recoger al ahijado, en caso de desgracia, y aún a otros huérfanos, si ello es necesario y a pesar de su pobreza.

Se culpa de pereza al campesino puertorriqueño, buscando algunos escritores la razón de esto en el orgulloso desdén para las ocupaciones manuales, herencia española. No negamos pueda haber algo de ello en las causas, ya que las fuerzas de la historia vienen siempre de muy atrás; pero la explotación del campesino hasta fecha reciente, cuando se obligaba a repartir los productos de la tierra con el señor, le llevó, en ahorro del sudor, a no obtener del suelo sino lo necesario para el parco sustento familiar. Y antes que eso hubo la esclavitud.

El apero o utensilio principal de que se sirve el jíbaro en su trabajo, es el machete, sin el cual se estimaría el campesino desarmado en la vida. Se dice que el machete deriva de la espada que traía el conquistador. Y F. del Valle Artilles lo explica así: "Los primeros colonizadores, que no eran labradores, al dedicarse a la Agricultura, vinieron a copiar el sistema de los indios. Veían a los nativos remover la tierra con un palo puntiagudo cuando plantaban y también para desenterrar las raíces comestibles. Queriendo imitarlos, los españoles acuñaban a sus espadas, que les servían así mismo para cortar ramas de los árboles. Más tarde fueron acortando la espada y modificándola hasta adaptarla al nuevo uso; pero el machete conserva aún ciertas características de su primer empleo, y así el jíbaro lo lleva colgado de una cuerda, lo mismo que siempre

han hecho los soldados”.¹ Frecuentemente el campesino lleva el machete sujeto, detrás, al cinto del pantalón. Arma sangrienta en la ocasión, sirve al jíbaro para muchas cosas dentro y fuera del hogar, además de sus labores agrícolas a veces fatigosas, cuando lo utiliza para el corte de hierba y de matojos, inclinado penosamente hasta el suelo. Aquí la influencia española no ha alcanzado a introducir la guadaña, sino que del machete se salta a la segadora mecánica.

Vida triste la del jíbaro que, sin embargo, sabe él alegrar con la “música brava”, donde vienen a coincidir la maraca y el güiro indios, al tambor o “bomba” africano y el “cuatro” o guitarra española. Y con la música instrumental las canciones, de claro origen hispano las más popularizadas: los aguinaldos o villancicos y las décimas, procedentes de Andalucía.

Más todo va cambiando, no muy deprisa, a medida que la ciudad se acerca al campo y le lleva la radio, muy extendida en la Isla, el cine, la asistencia médica, el cultivo de frutos menores, la predicación religiosa, la escuela, el discurso político, etc. El jíbaro va viendo que en el mundo hay más, y, renqueando, procura seguir las normas urbanas; pero le queda aún largo camino que andar, pues si bien las organizaciones obreras estimulan las mejores económicas, todavía se advierte en el jíbaro cierta facilidad para algo muy conocido del campesino español: la resignación.

¹ “El campesino puertorriqueño”.

EL PUERTORRIQUEÑO ES PUERTORRIQUEÑO

Es tan chiquitita la Isla de Puerto Rico —“copo de tierra sobre el agua en que milagrosamente flota; peso tan leve para tanta belleza”, ha dicho María Zambrano— que el Almirante la descubre por casualidad en su segundo viaje, noviembre de 1493, camino de La Española. Va tan preocupado por la suerte que hayan podido correr los marinos dejados aquí en el viaje primero que solo puede detenerse dos días. Y así ha de ir más tarde Vicente Yañez Pinzón, en 1499, a visitar la Isla Borinquena, quedando hasta 1508 su exploración.

Días heroicos aquellos, cuando Diego Méndez, desafiando a la muerte, cruza el mar Caribe entre Jamaica y Haití en una piragua para socorrer a unos compañeros en riesgo de perecer. Este esforzado Diego Méndez, que diríase un hombre de puños y ánimos, es además un intelectual, pues funda un mayoralazgo, no con bienes terrenos, sino con los diez libros de su biblioteca viajera: libros de Erasmo, de Josefo, de Aristóteles, de Eneas Silvio. . . Y cuando muere deja ordenado que busquen para su sepultura la mejor piedra que pudiera encontrarse y que esculpan en ella estas palabras: “Aquí yace el honorable gentilhomme Diego Méndez, quien sirvió fielmente a la Corona Real de España en el descubrimiento y conquista de las Indias con el Almirante Cristóbal Colón, de gloriosa memoria. Pido la limosna de un Padrenuestro y un Ave María”. ¿Es popular el hazañoso Diego Méndez en las Antillas? No lo creemos. Desde luego no lo es en Puerto Rico. Estos heroísmos menores se quedan empolvados en la historia y no pasan

a la leyenda;¹ la cual sabe siempre dar al pueblo lo suyo. Por eso el puertorriqueño, que puede ignorar a Diego Méndez, recuerda y no olvida la curiosa anécdota de otro Diego, Diego Salcedo. El cacique Urayoán, allá en 1510, facilita al buen Salcedo algunos “naborias” o siervos para que le transporten sus cosas y guien por veredas, acortándole el camino. Han de vadear el río Guaorabo y trasladar en hombros al viajero hasta la otra orilla. Excelente ocasión para averiguar, de una vez, si los valerosos españoles son o no mortales. Los portadores solo tienen que dejar caer al pobre Salcedo en la corriente y mantenerlo bien sumergido hasta que se ahogue sin remedio. Los indios aprenden así que los españoles mueren a su hora como ellos, como los demás hombres, y acaso sonríen satisfechos al ver que Salcedo no responde a las hipócritas excusas. El borinqueño ya es igual al hombre blanco y hasta puede con él.

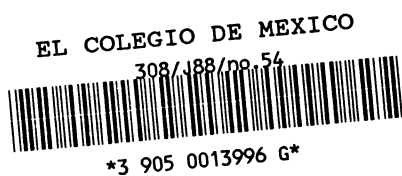
Los puertorriqueños de hoy, aún los de linaje más español, suelen hacer suya la satisfacción lejana de los “naborias” indios; cosa justificada en cuanto que así afirman lo propio, lo que la nueva tierra les ha dado. Porque quieren legítimamente lo suyo, se resisten los mejores a toda modalidad que desvirtúe la verdadera personalidad puertorriqueña. Esta se afirma cada día con ritmo nada lento, y sería engañoso exagerar la parte que pueda tener en ello lo español, bien que siempre activo en el idioma, en las costumbres, en las creencias, hasta en cierta inclinación femenina a unir su vida a la del peninsular. La

¹ La historia grande, después de la aventura del Descubrimiento, viene a comenzar en Hernán Cortés y tiene quizá su acento más alto en el enérgico dilema de Pizarro: “Camaradas y amigos: Esta parte es la de la muerte, de los trabajos y de las hambres. La otra la del gusto. Por aquí se va a Panamá a ser pobres; por allá al Perú a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere”. Esto es lo que trasciende. De ahí que en el pueblecito Binche, de Bélgica, se continuase celebrando hasta los últimos años la conquista del Perú con una fiesta donde figuran personajes que se adornan con sombreros de grandes plumas y trajes bordados de soles. Esta fiesta tuvo lugar, la primera vez, ante Carlos V niño, en sus días de Gante.

mejor acogida en la Isla para el español viene de lejos. En el año 1772 la flota que mandaba el Sr. Luis de Córdoba se ve mermada, al partir, en un millar de sus marinos que, ayudados por los nativos, se ocultan y quedan en la dulce tierra puertorriqueña. Y dice el informe de O'Reylly que no transcurren ocho días sin que muchos de ellos funden un hogar, aún no teniendo los hombres más propiedad que lo puesto. Les basta ser españoles.

Por eso se acusa lo español en la Isla, y los mismos escritores norteamericanos no dejan de estimarlo en publicaciones oficiales: "Los españoles se fueron y cedieron la última de sus Islas Occidentales en 1898; pero su influencia en modo alguno ha desaparecido, porque España ha dejado en el Caribe lo que es más duradero que las normas actuales de Ingleses, Franceses u Holandeses: su tradición cultural, la fuerza de su idioma, el vigor y la tenacidad de su civilización".¹ Esta civilización, unida a los elementos nativos y a otros aportados, va adquiriendo manifestaciones y características peculiares y ha producido personalidades muy notables, entre las que destaca la figura universal de Hostos. Por eso el puertorriqueño de abolengo, leal consigo mismo, sin rechazar la herencia hispana, quiere ser puertorriqueño, no solamente porque España está lejos en el tiempo y en el espacio, sino también porque ha recibido en su cuerpo y en su alma, en el espíritu y en los sentidos, la impronta de la tierra borinqueña, que es la suya.

¹ Richard F. Pattee: "Crossways of the America", Concerning latinoamerican Culture: Division of Cultural Relations. Washington 1939.



LISTA DE JORNADAS PUBLICADAS

1. José Medina Echavarría. *Prólogo al estudio de la guerra* (agotado).
2. Tomás Sánchez Hernández. *Los principios de la guerra* (agotado).
3. Jorge A. Vivó. *La Geopolítica* (agotado).
4. Gilberto Loyo. *La presión demográfica* (agotado).
5. Antonio Caso. *Las causas humanas de la guerra*.
Jorge Zalamea. *El hombre, náufrago del siglo xx*.
6. Vicente Herrero. *Los efectos sociales de la guerra* (agotado).
7. Josué Sáenz. *Los efectos económicos de la guerra*.
8. Manuel F. Chavarría. *La disponibilidad de materias primas*.
9. Manuel M. Pedroso. *La prevención de la guerra*.
10. D. Cosío Villegas, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi, G. Robles, M. Sánchez Sarto, A. Carrillo Flores, José E. Iturriaga. *La postguerra*.
Alfonso Reyes, D. Cosío Villegas, J. Medina Echavarría, E. Martínez Adame, Víctor L. Urquidi. *La nueva constelación internacional*.
11. Raúl Prebisch. *El patrón oro y la vulnerabilidad económica de nuestros países*.
12. José Gaos. *El pensamiento hispanoamericano*.
13. Renato de Mendonça. *El Brasil en la América Latina*.
14. Agustín Yáñez. *El contenido social de la literatura iberoamericana*.
15. José E. Iturriaga. *El tirano en la América Latina*.
16. Javier Márquez. *Posibilidad de bloques económicos en América Latina*.
17. Gonzalo Robles. *La industrialización en Iberoamérica*.
18. Vicente Herrero. *La organización constitucional en Iberoamérica*.
19. M. F. Chavarría, A. Pareja Díez-Canseco, M. Picón-Salas, J. A. Portuondo, L. Alberto Sánchez, J. Vasconcelos, Jorge A. Vivó, J. Xirau. *Integración política de América Latina*.
A. Castro Leal. *La política internacional de América Latina*.
20. Francisco Ayala. *Ensayo sobre la libertad*.
21. J. A. Portuondo. *El contenido social de la literatura cubana*.
22. Antonio García. *Régimen cooperativo y economía Latino-Americana*.
23. Jesús Prados Arrarte. *El plan inglés para evitar el desempleo*.
24. Florián Znaniecki. *Las sociedades de cultura nacional y sus relaciones*.

25. Renato Treves y Francisco Ayala. *Una doble experiencia política: España e Italia.*
26. John Condliffe. *La política económica exterior de Estados Unidos*
27. A. Carneiro Leão. *Pensamiento y acción.*
28. Antonio Carrillo Flores. *El nacionalismo de los países latino-americanos en la postguerra.*
29. Moisés Poblete Troncoso. *El movimiento de asociación profesional obrero en Chile.*
30. José María Ots Capdequi. *El siglo XVIII español en América.*
31. Medardo Vitier. *La lección de Varona.*
32. Howard Becker y Philip Fröhlich. *Toynbee y la sociología sistemática.*
33. Emilio Willems. *El Problema Rural Brasileño desde el punto de vista antropológico.*
34. Emilio Roig de Leuchsenring. *13 Conclusiones Fundamentales sobre la Guerra Libertadora Cubana de 1895.*
35. Eugenio Imaz. *Asedio a Dilthey.* (Un ensayo de interpretación).
36. Silvio Zavala. *Contribución a la historia de las instituciones coloniales en Guatemala.*
37. Roberto MacLean y Estenós. *Racismo.*
38. Alfonso Reyes. *Tres puntos de exegética literaria.*
39. Agustín Yáñez. *Fichas mexicanas.*
40. José Miranda. *El método de la ciencia política.*
41. Roger Caillois. *Ensayo sobre las sectas.*
42. Otto Kirchheimer. *En busca de la soberanía.*
43. Manuel Calvillo. *Francisco Suárez.*
44. Juan Bernaldo de Quirós. *El Seguro Social en Iberoamérica.*
45. Alexander H. Pekelis. *Una jurisprudencia del bien común.*
46. Julio Le Riverend. *Los orígenes de la economía cubana.*
47. Kingsley Davis. *Reflexiones sobre las instituciones políticas.*
48. *Cuestiones industriales de México.*
49. Josué de Castro. *Fisiología de los tabús.*
50. Max Aub. *Discurso de la novela española contemporánea.*
51. Lesley Byrd Simpson. *Dos ensayos sobre la función y la formación del historiador.*
52. Leopoldo Zea. *En torno a una filosofía americana.*
53. José Ferrater Mora. *Cuestiones españolas.*
54. Luis A. Santullano. *Mirada al Caribe.* (Fricción de culturas en Puerto Rico.)
55. Marco Antonio Durán y Julián Rodríguez Adame. *Cuestiones agrarias de México.*